

LAS FÁBULAS EGIPCIAS Y GRIEGAS

*Desveladas y reducidas
a un mismo principio*

CON UNA EXPLICACIÓN DE LOS JEROGLÍFICOS
Y DE LA GUERRA DE TROYA

Por **Dom Antoine Joseph Pernety**

Religioso Benedictino de la Congregación de Saint Maur.

Los Sacerdotes de Egipto recreaban al pueblo con estas fábulas,
y éstas, con los nombres de los dioses del país servían de
velo a su filosofía. *Orígenes, libro 1, contra Celsum.*

TOMO PRIMERO

París, Chez Delalain l'ainé, Libraire, rue Saint Jacques, N° 240.

MDCCLXXXVI

Con aprobación y privilegio del Rey.¹

Traducción de José Romero

1. Esta traducción del francés ha sido realizada a partir de la versión facsímil aparecida en EDITIONS LA TABLE D'EMERAUDE, 21, rue de la Huchette 75005, París 1982.

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Biblioteca Esotérica

LAS FÁBULAS EGIPCIAS Y GRIEGAS

Dom Antoine Joseph Pernety

1.ª edición: diciembre de 2023

Título original: *Les Fables égyptiennes et grecques dévoilées et réduites au même principe, avec une explication des hiéroglyphes et de la guerre de Troye*

Traducción: *José Romero*

Maquetación: *Vman Infotech / Editorial Obelisco*

Diseño de cubierta: *Carol Briceño*

© 2023, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-1172-052-6

DL: B 11618-2023

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

ÍNDICE DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS DE LA SEGUNDA PARTE

LIBRO III

La Genealogía de los Dioses.....	1
Capítulo I.....	1
Capítulo II: Del Cielo y de la Tierra.....	3
Capítulo III: Historia de Saturno.....	6
Capítulo IV: Historia de Júpiter.....	20
Capítulo V: Juno	36
Capítulo VI: Plutón y el Infierno de los Poetas	40
Capítulo VII: Neptuno.....	43
Capítulo VIII: Venus.....	49
Capítulo IX: Palas.....	53
Capítulo X: Marte y Harmonía.....	55
Capítulo XI: Vulcano	58
Capítulo XII: Apolo.....	61
§ 1 Orfeo.....	66
§ 2 Esculapio	69
Capítulo XIII: Diana	73
Capítulo XIV: Otros hijos de Júpiter.....	76
§ 1 Mercuri.....	76
§ 2 Baco o Dioniso	84
§ 3 Perseo.....	93
§ 4 Leda, Cástor, Pólux, Helena y Clitemnestra	100

§ 5 Europa.....	105
§ 6 Antíope	107

LIBRO IV

Fiestas, Ceremonias, Combates, Juegos instituidos en honor de los Dioses	111
Capítulo I: Dionisíacas.....	114
Capítulo II: Ceres y las Tesmoforias, los Misterios Eleusinos	121
Capítulo III: El rapto de Proserpina.....	131
Capítulo IV: Adonis y su culto.....	140
Capítulo V: Lampodoforias, Vesta	147
Capítulo VI: Juegos y Combates, los Juegos Olímpicos	149
Capítulo VII: Juegos Píticos	156
Capítulo VIII: Juegos Nemeos	161
Capítulo IX: Juegos Ístmicos.....	162

LIBRO V

Los Trabajos de Hércules.....	165
Capítulo I: Su Genealogía.....	165
Capítulo II: El León de Nemea	174
Capítulo III: La Hija de Tespio.....	177
Capítulo IV: La Hidra de Lerna	178
Capítulo V: La Cierva de los pies de Bronce	179
Capítulo VI: Los Centauros vencidos	180
Capítulo VII: El Jabalí de Erimanto	181
Capítulo VIII: Hércules limpia los establos de Augias	182
Capítulo IX: Caza a los Pájaros Estinfálidos	187
Capítulo X: El Toro furioso de la isla de Creta	189
Capítulo XI: Diomedes comido por sus Caballos	190
Capítulo XII: Gerión y sus Bueyes	192
Libis y Alebión, Alcíone	195
Erix, hijo de Venus y de Buta	195
Capítulo XIII: Las Amazonas vencidas.....	196
Capítulo XIV: Hesíone liberada.....	198

Capítulo XV: Anteo ahogado por Hércules	202
Capítulo XVI: Busiris muerto por Hércules	205
Capítulo XVII: Prometeo liberado	207
Capítulo XVIII: Combate entre Hércules y Aqueloo.....	210
Capítulo XIX: Rapto de Deyanira y muerte del Centauro Neso	212
Capítulo XX: Muerte de Caco.....	213
Capítulo XXI: Liberación de Alcestris	214
Capítulo XXII: Descenso de Hércules a los Infiernos, Teseo liberado.....	216

LIBRO VI

Historia de la Guerra de Troya y de la toma de esta ciudad	225
Capítulo I: Primera Prueba contra la Realidad de esta Historia, el Origen de Troya	226
Capítulo II: Todos los que sitiaron Troya y los que la defendieron son fabulosos.....	229
Capítulo III: Origen de esta Guerra. Segunda prueba.....	240
Capítulo IV: No se puede determinar la época justa de esta Guerra.....	247
Capítulo V: Fatalidades destinadas a la ciudad de Troya	251
1. ^a Fatalidad Aquiles y su hijo Pirro son necesarios para la toma de Troya	252
2. ^a Fatalidad Sin las flechas de Hércules, Troya no podía ser tomada.....	262
3. ^a Fatalidad Es preciso robar el Paladión	263
4. ^a Fatalidad Era necesario uno de los huesos de Pélope	264
5. ^a Fatalidad Se había de robar las cenizas de Laomedón, antes de tomar la ciudad.....	268
6. ^a Fatalidad Se había de robar los caballos de Reso, antes de que bebieran en el río Xanto.....	270
Capítulo VI: Descenso de Eneas a los Infiernos.....	284

PREFACIO

La filosofía considerada en general ha nacido con el mundo, porque desde todos los tiempos los hombres han pensado, reflexionado y meditado; desde todos los tiempos el gran espectáculo del Universo les ha ocasionado admiración y ha despertado su curiosidad natural. Nacido para la sociedad, el hombre ha buscado los medios de vivir con agrado y satisfacción; el buen sentido, la humanidad, la modestia, la urbanidad de costumbres, el amor a esta sociedad, han sido objeto de su atención. Pero por más admirable y por más sorprendente que haya sido para él el espectáculo del Universo, por más ventajas que haya creído poder sacar de la sociedad, todas estas cosas no estaban en él. ¿No debió de sentir, al reflexionar sobre sí mismo, que la conservación de su propio ser no era un objetivo menos interesante y pensó que se estaba olvidando de ello, por no ocuparse de aquel que era su Autor? Sujeto a tantas vicisitudes, acechándole tantos males, y además, intentando gozar de todo lo que le rodeaba, sin duda buscó los medios de prevenir o de curar sus enfermedades, para conservar durante más tiempo una vida siempre presta a escapársele. No ha necesitado meditar mucho para concebir y convencerse de que el principio que constituye su cuerpo y que lo alimenta era también el que debía de conservarle en su manera de ser. El apetito natural de los alimentos se lo indicaba suficientemente; sin embargo, se dió cuenta de que estos alimentos eran tan perecederos como él, a causa de la mezcla de las partes heterogéneas que los constituían, llevando en su interior un principio de muerte junto al principio de vida. Fue preciso, pues, razonar sobre los seres del Universo, meditar largo tiempo para descubrir este fruto de vida, capaz de conducir al hombre casi a la inmortalidad.

No era suficiente haber conocido este tesoro a través de la envoltura que lo cubre y lo oculta a los ojos del común. Para hacer de este fruto el uso que se proponía era indispensable desembarazarlo de su corteza y tenerlo en toda su pureza primitiva. Siguió a la naturaleza de cerca, espía los procesos que emplea en la formación de los individuos y en su destrucción. No solamente conoció que este fruto de vida era la base de todas las generaciones, sino que todo se resolvía finalmente en sus propios principios.

Se propuso, pues, imitar a la naturaleza, y bajo tal guía ¿era posible no salir airoso? ¿A qué extensión de conocimientos no conduciría este descubrimiento? ¿No podían ser efectuados algunos prodigios cuando se veía en la naturaleza como en un espejo que estaba a su alcance? ¿Se puede dudar que el deseo de

encontrar un remedio a todos los males que afligen a la humanidad y de extender, si es posible, los límites prescritos en la duración de la vida, haya sido el primer objetivo de las ardientes búsquedas de los hombres y haya formado los primeros filósofos? Su descubrimiento debió de sorprender infinitamente al buscador y le hizo rendir grandes acciones de gracias a la Divinidad por un favor tan notable. Pero al mismo tiempo debió de pensar que Dios no había dado este conocimiento a todos los hombres, sin duda no quería que fuera divulgado. Fue preciso, pues, hacer partícipes sólo a algunos amigos; también Hermes Trismegisto, o tres veces grande, el primero de todos los filósofos conocidos con distinción, lo comunicó solamente a gentes de élite, a personas que él había probado en su prudencia y discreción. Estos hicieron partícipes a otros del mismo temple y este conocimiento se extendió por todo el Universo. Los druidas entre los galos, los gimnosofistas en las Indias, los magos en Persia, los caldeos en Asiria, Homero, Tales, Orfeo, Pitágoras y muchos otros filósofos de Grecia, tenían conformidad de principios y un conocimiento casi idéntico de los más raros secretos de la naturaleza. Pero este conocimiento privilegiado permanece siempre encerrado en un círculo muy estrecho de personas y se comunica al resto del mundo sólo como rayos de esa fuente de abundante luz.

Una vez conocido este agente, base de la naturaleza, se empleó siguiendo las circunstancias de los tiempos y la exigencia de los sucesos. Los metales y las piedras preciosas entraron en disposición de la sociedad, unos por necesidad y otros por comodidad y atractivo. Pero como estas últimas adquirieron un precio por su belleza y su esplendor y se volvieron preciosas por su rareza, hicieron uso de sus conocimientos filosóficos para multiplicarlas. Se transmutaron los metales imperfectos en oro y plata, se fabricaron piedras preciosas y se guardó el secreto de estas transmutaciones con el mismo escrúpulo que el de la panacea universal, porque no se podía desvelar a uno sin darlo a conocer a otro, y se presentía perfectamente que de su divulgación resultarían infinitos inconvenientes para la sociedad.

Pero ¿cómo podían comunicarse de edad en edad estos admirables secretos y al mismo tiempo mantenerlos ocultos al público? Hacerlo sólo mediante tradición oral hubiera sido arriesgarse a que se extinguiera incluso su recuerdo; la memoria es muy frágil como para fiarse de ella. Las tradiciones de esta especie se oscurecen a medida que se alejan de su fuente, hasta el punto que es imposible desembrollar el caos tenebroso donde el objeto y la materia de estas tradiciones se encuentran sepultados. Confiar estos secretos en tablillas, en lenguas y en caracteres familiares era exponerse a verlos publicados, podían haberlos perdido por negligencia, o por indiscreción podrían haberlos robado. Es más, era preciso eliminar la menor sospecha, sino de su existencia, al menos del conocimiento de estos secretos. No había, pues, otro recurso que el de los jeroglíficos, los símbolos, las alegorías, las fábulas, etc, que, siendo susceptibles de muchas explicaciones diferentes, podían servir para dar el cambio y para instruir a unos mientras que los otros permanecían en la ignorancia. Es lo que hizo Hermes y

tras él todos los filósofos herméticos del mundo. *Ellos recreaban al pueblo con estas fábulas*, dice Orígenes, *y estas fábulas, con los nombres de los dioses del país, servían de velo a su filosofía.*

Estos jeroglíficos y estas fábulas, presentaban a los filósofos y a aquellos que instruían para ser iniciados en sus misterios, la teoría de su arte sacerdotal y diversas ramas de la filosofía, que los griegos sacaron de los egipcios. Los usos, los modos, los caracteres, incluso algunas veces la manera de pensar, varían según el país. Los filósofos de las Indias y los de Europa inventaron jeroglíficos y fábulas en su fantasía, pero siempre con el mismo objetivo. Con el paso del tiempo se escribió sobre esta materia, pero en un sistema tan enigmático que estas obras, aunque compuestas en lenguas conocidas, se volvieron tan ininteligibles como los mismos jeroglíficos. El afecto que produce recordar las antiguas fábulas ayuda a descubrir el objeto, y es lo que me ha empujado a explicarlas, según sus principios. En sus libros se encuentran suficientemente desarrolladas, pero se han de estudiar con una pertinaz atención y con el suficiente coraje como para tomarse la molestia de combinarlas y relacionarlas unas con otras. Ellos indican la materia de su arte sólo mediante sus propiedades, jamás por el nombre propio por el cual es conocida. En cuanto a las operaciones requeridas para trabajarla filosóficamente, las han ocultado bajo el sello de un secreto impenetrable; pero no han hecho un misterio de los colores o signos demostrativos que se suceden en el curso de las operaciones. Es lo que particularmente les ha proporcionado el tema a imaginar y a figurar los personajes, los dioses y los héroes de la fábula, así como las acciones que se les atribuye; todo ello se podrá juzgar por la lectura de esta obra. Cada capítulo es una especie de disertación, lo que le quita mucho atractivo y le impide ser tan divertida como pudiera parecer el tema. No me he propuesto escribir todas las fábulas, sino explicar aquellas que son más conocidas. En el discurso preliminar se verán las razones que me han determinado a poner en cabeza los principios generales de la física y un tratado de filosofía hermética. Era necesario introducir de esa manera al lector en el estilo y el lenguaje de los filósofos, pues me he propuesto hacerlo partícipe de sus ideas. Encontrará enigmas, alegorías y metáforas, de las que sus escritos están llenos. Si desea una explicación más detallada puede recurrir al *Diccionario Mito-hermético*, que he puesto al día al mismo tiempo.

Se pregunta si la filosofía hermética es una ciencia, un arte o un puro invento de la razón. El prejuicio tiende a hacer pensar esto último; pero el prejuicio no sirve de prueba. El lector, tras la lectura reflexiva de este tratado, decidirá como bien le parezca. Se puede arriesgar, y sin vergüenza, a equivocarse como tantos sabios que, en todos los tiempos, han combatido este prejuicio. ¿No habría de enrojecer más bien el que combate con desprecio la filosofía hermética, sin conocerla y sin admitir la posibilidad de su existencia? La cual está fundamentada sobre la razón y las pruebas aportadas por un gran número de autores, cuya buena fe no tiene nada de sospechosa. Al menos no se puede contestar razonablemente que la idea de una medicina universal y la de la transmutación

de los metales, no hayan sido lo bastante sorprendentes como para excitar la imaginación de un hombre, y hacerle crear las fábulas para explicar lo que pensaba. Orfeo, Homero y los más antiguos autores hablan de una medicina que cura todos los males; hacen mención de ello de una manera tan positiva que no dejan ninguna duda sobre su existencia. Esta idea se ha perpetuado hasta nosotros; las circunstancias de las fábulas se combinan y se ajustan con los colores y las operaciones de las que hablan los filósofos; de esta manera se explican más verosímilmente que con ningún otro sistema ¿qué más se exigirá? Sin duda una demostración; pero corresponde a los filósofos herméticos usar este medio de convencer a los incrédulos, y yo no lo soy.

LAS FÁBULAS EGIPCIAS Y GRIEGAS

*Desveladas y reducidas a un mismo principio,
con una explicación de los jeroglíficos
y de la Guerra de Troya*

DISCURSO PRELIMINAR

El gran número de autores que han escrito sobre los jeroglíficos egipcios y sobre las fábulas, a las que éstos han dado lugar, son tan contrarios unos con otros, que sus obras se pueden considerar como nuevas fábulas. Por más bien imaginadas y por más bien concertadas que estén, al menos en apariencia, se puede ver en los sistemas que han usado muy poca solidez, cuando se está libre de prejuicios. Unos creen encontrar allí la historia real de aquellos lejanos tiempos, y a pesar de todo los llaman *tiempos fabulosos*. Otros no perciben más que principios de moral, y sólo es preciso abrir los ojos para ver por todas partes ejemplos capaces de corromper las mejores costumbres. Finalmente, otros, poco satisfechos de estas explicaciones, han sacado las suyas de la física. Yo pregunto a los físicos naturalistas de nuestros días si han tenido ocasión de quedar más contentos con ello.

Los unos y los otros no han tenido éxito; entonces, es natural pensar que el principio general sobre el cual han establecido sus sistemas, no fue jamás el verdadero principio de estas ficciones. Era necesario uno mediante el cual se pudiera explicar todo, incluso las menores circunstancias de los hechos relatados, aunque extravagantes, increíbles y por más contradictorios que parezcan. Este sistema no es nuevo y estoy muy lejos de querer otorgarme ese honor; yo lo he encontrado en fragmentos esparcidos de diversos autores, tanto antiguos como modernos; sus obras son poco conocidas o poco leídas, porque la ciencia que tratan es víctima de la ignorancia y del prejuicio. La gracia más grande que se cree otorgar a los que la cultivan, o que la defienden, es de considerarlos como locos, dignos de estar en manicomios por lo menos. Otras veces pasan por ser los más sabios de entre los hombres; pero la razón, aunque no sea siempre la dueña en todos los tiempos, está obligada a sucumbir bajo la tiranía del prejuicio y de la moda. Este sistema, pues, es la obra de estos pretendidos locos, a los ojos de la mayor parte de los modernos, es éste el que yo les presento; pero temo que

mis pruebas, establecidas sobre las palabras de estos locos hagan observar mis razonamientos como aquellos de los que habla Horacio: *Isti tabulae fore librum persimilem, cujus velut aegri somnia, vanae fingentur species: ut nec pes, nec caput uni reddatur formae* (Arte Poético).

Cuento con no tener la aprobación de estos vastos genios, sublimes y penetrantes que lo abrazan todo, que saben todo sin haber aprendido nada, que disputan de todo y que deciden sobre todo sin conocimiento de causa. A tales gentes no se da lecciones; a ellos pertenece propiamente el nombre de *sabio*, mejor que a Demócrito, Platón, Pitágoras y los otros griegos que fueron a Egipto a respirar el aire hermético, y de allí sacaron la locura que aquí se cuestiona. No es para sabios de ese temple que está hecha esta obra; este aire contagioso de Egipto está extendido aquí por todas partes y ellos corren el riesgo de ser infectados, como Geber, Sinesio, Morien, Arnaldo de Vilanova, Raimon Llull y tantos otros, suficientemente buenos como para querer caer en esta filosofía. A ejemplo de Diodoro de Sicilia, de Plinio, de Suidas y de una cantidad de otros antiguos se volverían, quizás, lo bastante crédulos como para observar esta ciencia como real y para hablar de ella como tal. Ellos podrían caer en el ridículo de Borrichio, Kunckel, Beccher, Stahl, lo bastante locos como para hacer tratados que la prueban y la defienden.

Pero si el ejemplo de estos célebres hombres hace alguna impresión sobre los espíritus exentos de prejuicios a este respecto, sin duda serán lo bastante sensatos como para querer, como ellos, instruirse en una ciencia, en verdad poco conocida, pero cultivada en todos los tiempos. La orgullosa ignorancia y la fatuidad son las únicas cualidades capaces de despreciar y de condenar sin conocimiento de causa. No hace ni cien años que sólo el nombre de álgebra alejaba del estudio de esta ciencia e irritaba; el de geometría hubiera sido capaz de producir gases a nuestros pequeños maestros científicos de hoy día. Poco a poco uno se hace familiar con ellas. Los términos bárbaros con los que son erizadas no dan tanto miedo, luego se las estudia y se las cultiva y el honor sucede a la repugnancia, y yo diría al desprecio que se tenía por ellas.

La filosofía hermética aún está en desgracia y por ello mismo en descrédito. Está llena de enigmas y probablemente no será desembarazada en mucho tiempo de estos términos alegóricos y bárbaros de los que pocas personas toman el verdadero sentido. Su estudio es otro tanto más difícil, porque las perpetuas metáforas despistan a los que se imaginan entender a los autores que tratan de ello a la primera lectura que hacen. Estos autores advierten, nada menos, de que es una ciencia tal que no quiere ser tratada tan claramente como las otras, a causa de las funestas consecuencias que podrían resultar para la vida civil. Hacen un misterio de ello, misterio del cual estudian más la manera de oscurecerlo que de exponerlo. También recomiendan sin cesar no tomarlos al pie de la letra, estudiar las leyes y los procedimientos de la naturaleza, comparar las operaciones de las que hablan con las suyas propias y admitir aquellas que el lector encuentre conformes.

A las metáforas, los filósofos herméticos, han añadido los emblemas, los jero-glíficos, las fábulas y las alegorías, por esto se han vuelto casi ininteligibles para aquellos que a pesar de un largo estudio y un persistente trabajo no han sido iniciados en sus misterios. Aquellos que no han querido tomarse la molestia de hacer los esfuerzos necesarios para desarrollarlos, o que les han sido inútiles, han creído no tener nada mejor que hacer que ocultar su ignorancia al abrigo de la negativa de la realidad de esta ciencia; se han jactado de no tener para ella más que desprecio; la han tratado de quimera y de invento de la razón.

La ambición y el amor a las riquezas es el único resorte que pone en movimiento a casi todos los que trabajan para instruirse en los procedimientos de esta ciencia; ella les presenta montañas de oro en perspectiva y una larga y sólida salud para gozar. ¡Qué atractivos para los corazones apegados a este mundo! Se empieza, se corre para llegar a esta meta; y cómo se teme no llegar bastante pronto, se toma la primera vía que parece conducir allí más prontamente, sin querer tomarse la molestia de instruirse suficientemente del verdadero camino por el cual se llega. Se camina, pues, se avanza y se cree llegar al término; pero como se ha caminado ciegamente, se ha encontrado un precipicio y se ha caído allí. Entonces se cree ocultar la vergüenza de su caída, diciendo que esta pretendida meta es sólo una sombra a la que no se puede abrazar; se trata a sus guías de pérfidos y finalmente se viene a negar hasta la posibilidad misma de un efecto, porque se ignoran las causas. ¡Cómo! Los más grandes naturalistas han perdido sus vigili-as y sus trabajos en querer descubrir qué procedimientos emplea la naturaleza para formar y organizar el feto en el seno de su madre, para hacer germinar y crecer una planta, para formar los metales en la tierra, ¿se negará de buena gana este hecho? Y ¿se considerará sensato a un hombre cuya ignorancia sea el fundamento de su negativa? Éste no se dignaría a hacer el menor gasto para costear la prueba y convencerse de ello.

Pero al mismo tiempo gentes eruditas, artistas esclarecidos y hábiles han estudiado toda su vida y han trabajado sin cesar para llegar a conseguirla y han muerto en la penuria ¿qué concluir de ello? ¿que la cosa no es real? ¡No! Hacia el año 550 después de la fundación de Roma, las gentes más hábiles habían trabajado en imitar el famoso espejo ardiente de Arquímedes, con el cual abrasó los barcos romanos en el puerto de Siracusa; era algo que en teoría no se hubiera podido lograr, se trató este hecho de historia inventada por placer, era una fábula y la fabricación misma del espejo era imposible. M. de Bufon pensó en tomar un camino más simple que los que le habían precedido y lo consiguió, sorprendió a todos y finalmente se vio que la cosa es posible.

Concluimos, pues, con más razón, que estos eruditos, estos hábiles artistas se fundaban en sus pretendidos conocimientos. En lugar de seguir las vías derechas, simples e iguales a la naturaleza, las suponían sutiles, cuando ella no lo fue jamás. El arte hermético, dicen los filósofos, es un misterio oculto para los que se fían mucho de su propio saber; pues es un don de Dios, que mira con buenos ojos y es propicio a los que son humildes y le temen, estos ponen toda su confianza en

Él y, como Salomón, le piden con insistencia y perseverancia esta sabiduría, que a su derecha tiene la salud,¹ y las riquezas a su izquierda; esta sabiduría que los filósofos prefieren a todos los honores y a todos los reinos del mundo, porque es el árbol de vida para aquellos que la poseen.²

Todos los filósofos herméticos dicen que, aunque la gran obra sea una cosa natural, sin embargo en su materia y en sus operaciones pasan cosas tan sorprendentes que elevan infinitamente el espíritu del hombre hacia el Autor de su ser; que ellas manifiestan su sabiduría y su gloria, que están muy por encima de la inteligencia humana y que solamente las comprenden aquellos a quienes Dios se digna abrir los ojos. La prueba es bastante evidente por las equivocaciones y el poco éxito de todos esos artistas famosos en la química vulgar, que a pesar de todas sus destrezas en su práctica y a pesar de toda su pretendida ciencia de la naturaleza, han perdido sus fatigas, su dinero y a menudo su salud en la búsqueda de este tesoro inestimable.

¡Cuántos Beccher, Homberg, Boherrave, Geofroy y tantos otros eruditos quimistas que mediante sus infatigables trabajos han forzado la naturaleza para descubrir alguno de sus secretos! A pesar de toda su atención en espiar sus procedimientos, en analizar sus producciones, para sorprenderla, casi siempre han caído, porque eran los tiranos de esta naturaleza y no sus verdaderos imitadores. Bastante esclarecidos en la química vulgar y bastante instruidos en sus procedimientos, pero ciegos en la química hermética, y arrastrados por el uso de aquélla, han levantado hornos sublimadores,³ calcinadores, destiladores; han empleado una infinidad de vasos y crisoles desconocidos para la simple naturaleza y han llamado en su ayuda al fratricida fuego natural; ¿cómo podrían lograrlo con procedimientos tan violentos? Están absolutamente alejados de los que siguen a los filósofos herméticos. Si creemos al presidente Espagnet:⁴ *Los quimistas vulgares están insensiblemente acostumbrados a alejarse de la vía simple de la naturaleza, por sus sublimaciones, sus destilaciones, sus soluciones, sus congelaciones, sus coagulaciones, por sus diferentes extracciones de espíritus y de tinturas y por cantidad de otras operaciones más sutiles que útiles. Ellos caen en los errores que se han seguido unos a otros; se han vuelto los verdugos de la naturaleza. Su sutilidad muy laboriosa, lejos de abrir sus ojos a la luz de la verdad, para ver las vías de la naturaleza, ha sido un obstáculo que la ha impedido venir hasta ellos. Son alejados cada vez más y más. La única esperanza que les queda, es encontrar un guía fiel, que disipe las tinieblas de su espíritu y les haga ver el Sol en toda su pureza. Con un genio penetrante, un espíritu firme y paciente, un ardiente deseo de la filosofía, un gran conocimiento de la verdadera física, un corazón puro, de*

1. Proverbios, 3, 16.

2. Ibidem. Vers. 18.

3. El Cosmopolita, Nueva Luz Química, trat. 1.

4. Espagnet, La Obra secreta de la Filosofía de Hermes, Canon 6.

costumbres rectas, un sincero amor de Dios y del prójimo, todo hombre por más ignorante que sea en la práctica de la química vulgar, puede con confianza proponerse llegar a ser filósofo imitador de la naturaleza. Si Hermes, el verdadero padre de los filósofos –dice el Cosmopolita⁵– si el sutil Geber, el profundo Raimon Llull y tantos otros verdaderos y célebres químicos volvieran sobre la Tierra, nuestros químicos vulgares no solamente no querrían considerarlos como sus maestros, sino que creerían otorgarles muchas gracias y honores reconociéndolos como sus discípulos. Es verdad que no sabrían hacer todas estas destilaciones, circulaciones, calcinaciones, sublimaciones y, en fin, todas estas innumerables operaciones que los químicos han imaginado por haber entendido mal los libros de los filósofos.

Todos los verdaderos adeptos hablan en el mismo tono, y si dicen verdad, sin tomarse tantas fatigas, sin emplear tantos vasos, sin consumir tanto carbón, sin arruinar su bolsa y su salud, se puede trabajar en concierto con la naturaleza que, ayudada, se prestará a los deseos del artista y le abrirá liberalmente sus tesoros. Aprenderá de ella, no a destruir los cuerpos que produce, sino cómo y con qué los compone y en qué se resuelven. Ella le mostrará esta materia, este caos que el Ser supremo ha desarrollado para formar el Universo. Verá la naturaleza como un espejo, cuya reflexión le manifestará la sabiduría infinita del Creador que la dirige y la conduce en todas sus operaciones por una vía simple y única, que constituye todo el misterio de la gran obra.

Pero esta cosa llamada piedra filosofal, medicina universal o medicina dorada ¿existe en la realidad como en la especulación? ¿Cómo, después de tantos siglos, un gran número de personas, que el Cielo parece haber favorecido con una ciencia y una sabiduría superior a las del resto de los hombres, la han buscado en vano? Pero por otro lado son tantos los hombres sabios que han atestiguado su existencia y han dejado mediante escritos enigmáticos y alegóricos la manera de hacerla, que es casi imposible dudarlo, sobre todo cuando se adaptan estos escritos a los principios de la naturaleza.

Los filósofos herméticos difieren absolutamente de los filósofos o físicos ordinarios. Estos últimos no tienen un sistema asegurado. Inventan uno todos los días y el último parece haber sido imaginado para contradecir y destruir a los que le han precedido. Finalmente, si uno se levanta y se establece, sólo lo hace sobre las ruinas de su predecesor y subsiste hasta que uno nuevo viene a derribarlo y ponerse en su lugar.

Los filósofos herméticos, al contrario, están todos de acuerdo entre ellos, pues uno no contradice los principios del otro. El que escribió hace treinta años habla como aquel que vivió hace dos mil años. Lo que tiene de singular es que no dejan de repetir este axioma que la Iglesia⁶ adopta como la señal más infalible de la verdad en la que ella nos propone creer: *Quod ubique, quod ab omnibus & quod*

5. El Cosmopolita, *Nueva Luz Química*, trat. 1.

6. Vincent de Larin. Commonit.

semper creditum est, id firmissimè credendum puta. Ved, dicen ellos, leed, meditat las cosas que han sido enseñadas en todos los tiempos y por todos los filósofos; la verdad está encerrada en los lugares donde todos están de acuerdo.

En efecto ¿cuál es la probabilidad de que gentes que han vivido en siglos tan alejados y en países tan diferentes por su lengua, y oso decir, por su manera de pensar, concuerden todos sin embargo en el mismo punto? ¡Qué! Los egipcios, los árabes, los chinos, los griegos, los judíos, los italianos, los alemanes, los americanos, los franceses, los ingleses, etc, ¿estarían, de acuerdo sin conocerse, sin entenderse y sin haberse comunicado particularmente sus ideas, en hablar y escribir conformemente todos de una quimera, de un invento de la razón? Sin entrar en la cuenta de todas las obras compuestas sobre esta materia, que la historia⁷ nos enseña haber sido quemadas por las órdenes de Diocleciano, creyendo quitar a los egipcios los medios de hacer oro y de privarles de esta ayuda para sostener la guerra contra él, nos queda aún un suficiente gran número de ellas en todas las lenguas del mundo, para justificar ante los incrédulos lo que acabo de adelantar. Sólo la biblioteca del rey conserva un prodigioso número de manuscritos antiguos y modernos compuestos sobre esta ciencia, en diferentes lenguas. Michel Maier decía respecto a esto, en un epigrama que se encuentra al principio de su tratado, que lleva por título *Symbola aureae mensae: Unum opus en priscis haec ad tempora seclis consona diffusis gentibus ora dedit.*

Que se lea a Hermes el egipcio; Abraham, Isaac de Moiros judíos, citados por Avicena; Demócrito, Orfeo, Aristóteles,⁸ Olimpiodoro, Heliodoro,⁹ Etienne,¹⁰ y tantos otros griegos; Sinesio, Teófilo, Abugazal, etc, africanos; Avicena,¹¹ Rasis, Geber, Artefio, Alfidio, Hamuel llamado *Senior*, Rosinus, árabes; Alberto el Grande,¹² Bernardo Trevisano, Basilio Valentín, alemanes; Alain,¹³ Isaac padre e hijo, Pontano, flamencos u holandeses; Arnaldo de Vilanova, Nicolás Flamel, Denis Zachaire, Cristof parisino, Gui de Montanor, Espagnet, franceses; Morien, Pierre Bon de Ferrare, el autor anónimo del matrimonio del Sol y la

7. Postquam (inquit Paulus Diac. In vitâ Diocletiani) Achillem Aegyptiorum ducem octomenses in Alexandriâ Aegypti obsessum profligasset Diocletianus omnes Chymicae artis libros diligenti studio requisitos conflagravit, ne reparatis opibus Romanis repugnarent. *Orosius dice la misma cosa*, c. 16, lib. 7, *Suidas en la palabra Chemia, se expresa así*: Chemia est auri & argenti confectio, cujus libros Diocletianus perquisitos exussit, eoquod Aegyptii res novas contra Diocletianum moliti fuerant duriter atque hostiliter eos tractavit. Quo tempore etiam libros de Chemia auri & argenti à veteribus conscriptos conquisivit & exussit, ne deinceps Aegyptiis divitiae ex Arte illâ contingerent, nevé pecuniarum asfluentiâ confisi in posterum Romanis rebelarent.

8. Aristóteles, *De Secretis Secretorum*.

9. Heliodoro, *De rebus Chemicis ad Theodosium Imperatorem*.

10. Etienne, *De magnâ & sacrâ acientia, ad Heraclium Caesarem*.

11. Avicena, *De re rectâ. Tractatus Chemicus. Tractatus ad Assem Philosophum. De animâ artis*.

12. Alberto el Grande, *De Alchymiâ. Concordantia Philosophorum. De compositione compositi, etc*.

13. Alain, *Liber Chemiae*.

Luna, italianos. Raimon Llull, mallorquín; Roger Bacon,¹⁴ Hortulano, Juan Dastin, Richard, George Ripley, Thomas Norton, Filaleteo y el Cosmopolita, ingleses o escoceses; finalmente muchos autores anónimos¹⁵ de todos los países y de diversos siglos; no se encontrará uno sólo que tenga principios diferentes a los otros. Esta conformidad de ideas y de principios ¿no forma al menos una presunción de que enseñan alguna cosa real y verdadera? Si todas las fábulas antiguas de Homero, de Orfeo y de los egipcios no son más que alegorías de este arte, como pretendo probar en esta obra mediante el fondo de las mismas fábulas, por su origen y por la conformidad que tienen con las alegorías de casi todos los filósofos, ¿se podrá persuadir uno de que el objeto de esta ciencia no es más que un vano fantasma que no ha tenido existencia jamás entre las producciones reales de la naturaleza?

Pero si esta ciencia tiene un objeto real, si este arte ha existido y es preciso creer a los filósofos sobre las admirables cosas que aportan, ¿por qué está tan despreciada, por qué tan desacreditada, por qué tan difamada? Helo aquí: la práctica de este arte jamás ha sido enseñada claramente. Todos los autores tanto antiguos como modernos que tratan de ella sólo lo han hecho bajo el velo de los jeroglíficos, de las alegorías y de las fábulas, de manera que los que han querido estudiarlas, comúnmente han tomado la cosa cambiada. De ello se ha formado una especie de secta, que por haber mal entendido y mal explicado los escritos de los filósofos, han introducido una nueva química y se han imaginado que no había ninguna real como la suya. Un buen número de gente se han vuelto célebres en esta última. Los unos, muy hábiles siguiendo sus principios, los otros extremadamente diestros en su práctica y particularmente en el juego de manos requerido para triunfar en ciertas operaciones, se han reunido contra la química hermética; han escrito de una manera más inteligible y más accesible para todo el mundo. Han probado sus pensamientos con argumentos especiosos; a fuerza de hacer, a menudo al azar, mezclas de diferentes materias y de trabajar a lo ciego, sin saber lo que resultaría de ello, han visto nacer monstruos y el mismo azar que los había producido ha servido de base y de fundamento para los principios establecidos en consecuencia. Las mismas mezclas reiteradas, el mismo trabajo repetido, han dado precisamente el mismo resultado; pero no han puesto atención en que este resultado era monstruoso y que sólo era análogo a las producciones monstruosas de la naturaleza y no a aquellas que resultan de sus procedimientos, cuando se encierra en las especies particulares a cada reino. Todas las veces que un asno monta a una yegua, lo que viene es un animal monstruoso llamado mulo; porque la naturaleza actúa siempre de la misma manera cuando se le proporciona las mismas materias y se le pone en el mismo caso de actuación, ya sea para producir monstruos,

14. Roger Bacon, *Speculum Alchemiae*.

15. *Turba Philosophorum, seu Codex veritatis. Clangor Buccinae. Scala Philosophorum. Aurora consurgens. Ludus puerorum. Thesaurus Philosophiae, etc.*

ya sea para formar a los seres conforme a su especie particular. Si los mulos nos vinieran de una isla muy alejada donde se guardara un secreto inviolable sobre su nacimiento, estaríamos ciertamente tentados en creer que estos animales forman una especie particular, que se multiplica a la manera de los otros. No supondríamos que fuesen monstruos. Somos afectados de la misma manera por los resultados de casi todas las operaciones químicas y nos tomamos las producciones monstruosas por producciones hechas en el orden común de la naturaleza. De manera que se podría decir de esta especie de química que es la ciencia de destruir metódicamente los mixtos producidos por la naturaleza, para formar monstruos, que tienen más o menos la misma apariencia y las mismas propiedades que los mixtos naturales. ¿Sería preciso más para conciliarse la aprobación del público? Prevenido y afligido por estas tramposas apariencias; inundado por los escritos sutilmente razonados; fatigado por las invectivas multiplicadas contra la química hermética, asimismo desconocida para sus agresores ¿es sorprendente que se la desprecie?

Basilio Valentín¹⁶ compara a los químicos con los fariseos, que tenían honor y autoridad entre el público, a causa de su exterior afecto de religión y de piedad. Eran, dice él, hipócritas apegados únicamente a la tierra y a sus intereses; pero que abusaban de la confianza y de la credulidad del pueblo, que se deja ordinariamente llevar por las apariencias, porque no ha tenido la vista lo suficientemente perspicaz para penetrar hasta lo que hay debajo de la corteza. Sin embargo, que no se imagine que por un tal discurso pretendo perjudicar a la química de nuestros días. Se ha encontrado el medio de volverla útil, y se puede alabar mucho a los que hacen un estudio asiduo de ella. Las curiosas experiencias que la mayor parte de los quimistas han hecho no pueden más que satisfacer al público. La medicina saca tantas ventajas de ella que hacerlo sería ser enemigo del bien de los pueblos, así como desacreditarla. También ha contribuido mucho a las comodidades de la vida, por los métodos que ha dado para perfeccionar la metalurgia y algunas otras artes. La porcelana, la loza, son frutos de la química. Proporciona materias para los tintes, para las fábricas, etc. ¿Pero por el hecho de que su utilidad es reconocida, se debe de concluir que es la única y verdadera química? ¿es preciso, por esto, rechazar y despreciar la química hermética? Es verdad que mucha gente se las da de filósofos y abusan de la credulidad de los bobos. Pero ¿es ésta una falta de la ciencia hermética? Los filósofos gritan lo bastante alto como para hacerse oír en todo el mundo y para prevenirlo de las trampas que le tienden esta clase de gente. No es uno solo que dice que la materia de este arte es de un precio vil e incluso que no cuesta nada y que el fuego para trabajarla, no cuesta más; que sólo se necesita un vaso o máximo dos para todo el transcurso de la obra. Escuchemos a Espagnet:¹⁷ *La obra filosófica requiere más*

16. Basilio Valentín, *Azot de los Filósofos*.

17. Espagnet, *La obra secreta de la Filosofía de Hermes*, Canon, 35.

tiempo y trabajo que gastos, pues le queda muy poco por hacer a aquel que tiene la materia requerida. Los que demandan grandes sumas para llevarla a su fin, tienen más confianza en las riquezas del prójimo que en la ciencia de este arte. Que aquel que es aficionado tenga cuidado y no caiga en las trampas que le tiendan los bribones que quieren su bolsa, al mismo tiempo que le prometen montañas de oro. Ellos piden el Sol para conducirse en las operaciones de este arte porque no ven nada. No debe empezar en la química hermética quien no sea más responsable que la honradez en comparación a la bribonería. Un arroyo puede estar sucio y hediondo a causa de las inmundicias que arrastra en su curso, sin que su manantial sea menos puro, menos bello y menos limpio.

Lo que desacredita aún a la ciencia hermética son estos bastardos de la química vulgar, conocidos ordinariamente con el nombre de sopladores y de buscadores de la piedra filosofal. Estos son los idólatras de la filosofía hermética. Todas las recetas que se les propone son para ellos tanto como Dios, ante lo cual doblan la rodilla. Se encuentra un buen número de esta clase de gente, muy bien instruidos en las operaciones de la química vulgar; y además tienen mucha destreza en el juego de manos; pero no están instruidos en los principios de la filosofía hermética y no tendrán éxito jamás. Otros ignoran incluso hasta los principios mismos de la química vulgar y estos son propiamente los sopladores. Es a ellos que es preciso aplicar el proverbio: *Alchemia est ars, cujus initium laborare, medium mentiri, finis mendicare.*

La mayor parte de los hábiles artistas en la química vulgar no niegan la posibilidad de la piedra filosofal; el resultado de un gran número de sus operaciones se lo prueba bastante claramente. Pero son esclavos del respeto humano, no osarían confesar públicamente que la reconocen posible, porque temen exponerse a la risa de los ignorantes y de los pretendidos eruditos, así como del prejuicio ciego. En público se chancean como los otros, o al menos hablan de ella con tanta indiferencia que no se les sospecha que la consideran como real, mientras que los ensayos que hacen en particular tienden casi todos a su búsqueda. Tras haber pasado unos años en medio de sus hornos sin tener éxito, su vanidad se encuentra ofendida, tienen vergüenza de haber fracasado y buscan seguidamente compensarse o vengarse hablando mal de la cosa que no han podido poseer. Eran gente que no tenían igual para la teoría y la práctica de la química y se las daban como tales, lo habían probado tanto bien como mal, pero a fuerza de decirlo o de hacerlo decir por otros, se les creía como tales. Como hacia el fin de sus días se atreven a desacreditar la filosofía hermética, no se examinará si lo hacen injustamente, la reputación que habían adquirido, responde que tenían derecho a hacerlo y no se osaría dejar de aplaudirles. Sí, se dice, si la cosa hubiera sido factible, no hubiera podido escapar a la ciencia, la penetración y la destreza de un hombre tan hábil. Estas impresiones se fortifican insensiblemente; un segundo, no estando mejor enseñado que el primero, ha sido frustrado en su esperanza y en sus fatigas; une su voz a la de los otros y grita más fuerte si puede para hacerse oír; la crítica se nutre y finalmente se llega

al punto de decir con ellos que es una quimera y a quien esté allí se le persuade de ello sin conocimiento de causa. Aquellos a quien la experiencia ha probado lo contrario, contentos de su suerte, no envidian para nada los aplausos del pueblo ignorante. *Sapientiam & doctrinam stulti*¹⁸ *descipiunt* (los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza). Algunos han escrito para desmentirlos,¹⁹ pero el público no ha querido sacudirse el yugo del prejuicio y se han quedado allí.

Pero finalmente ¿en qué consiste la diferencia que se encuentra entre la química vulgar y la química hermética? Hela aquí. La primera es propiamente el arte de destruir los compuestos que la naturaleza ha hecho, y la segunda es el arte de trabajar con la naturaleza para perfeccionarlos. La primera utiliza al tirano furioso y destructor de la naturaleza; la segunda emplea su agente dulce y benigno. La filosofía hermética toma como materia de su trabajo los principios secundarios o principiados de las cosas, para conducirlos a la perfección de la que sean susceptibles, por las vías y procedimientos conformes a los de la naturaleza. La química vulgar toma los mixtos venidos ya al punto de su perfección, los descompone y los destruye. Aquellos que sean curiosos y quieran ver un paralelismo muy extendido de estos dos artes, pueden recurrir a la obra que ha compuesto uno de los grandes antagonistas de la filosofía hermética, el padre Kircher, jesuita, y que Manget ha insertado en el primer volumen de su *Bibliotheca de la Química curiosa*.

Los filósofos herméticos insisten casi siempre en señalar en sus obras la diferencia de estos dos artes. Pero la señal más infalible por la cual se puede distinguir un adepto de un quimista, es que el adepto, según lo que dicen todos los filósofos, no toma más que una sola cosa, o máximo dos de la misma naturaleza, un solo vaso o dos a lo más y un solo horno para conducir la obra a su perfección; el quimista, al contrario, trabaja sobre toda clase de materias indiferentemente. Es también la piedra de toque en la cual es preciso probar a estos bribones y sopladores que quieren vuestra bolsa, que piden oro para hacer oro y que en lugar de la transmutación que os prometen, sólo hacen, una traslación del oro de vuestra bolsa a la suya. Esta señal no considera menos a los sopladores honrados y de buena fe que creen estar en la buena vía y que engañan a los demás engañándose ellos mismos.

Si esta obra consigue hacer la suficiente impresión sobre los espíritus como para persuadirlos de la posibilidad y de la realidad de la filosofía hermética, Dios quiera que también sirva para desengañar a los que tienen la manía de dispensar sus bienes en soplar el carbón, en levantar hornos, en calcinar, en sublimar, en destilar, finalmente en reducirlo todo a nada, es decir, en ceniza y humo. Los adeptos no corren para nada detrás del oro y la plata. Morien da una gran prueba de ello al rey Calid. Éste habiendo encontrado muchos libros que trataban de la

18. *Proverbios*, cap. 1, 7.

19. Beccher, Stahl, M. Potth, M. de Justi en sus *Memorias*, la han defendido abiertamente.

ciencia hermética y no pudiendo comprender nada, hizo publicar que daría una gran recompensa a aquel que se la explicara.²⁰ El atractivo de esta recompensa atrajo allí a un gran número de sopladores. Morien, el ermitaño salió entonces de su desierto, movido no por la recompensa prometida sino por el deseo de manifestar el poder de Dios y cuánto hay de admirable en sus obras. Fue a encontrar al rey Calid y pidió, como los otros, un lugar propio para trabajar, a fin de probar por sus obras la verdad de sus palabras. Cuando terminó Morien sus operaciones, dejó la piedra perfecta en un vaso, alrededor del cual escribió: *Aquellos que tienen todo lo que les hace falta no necesitan ni recompensa ni ayuda de otro*. Desalojó enseguida el lugar sin decir palabra y volvió a su soledad. Calid, al encontrar el vaso y su escritura, comprendió lo que significaba y tras haber hecho la prueba del polvo, echó o hizo morir a todos aquellos que habían querido engañarle.

Los filósofos dicen, con razón, que esta piedra es como el centro y la fuente de las virtudes, puesto que los que la poseen desprecian todas las vanidades del mundo, la vana gloria, la ambición y no hacen más caso del oro que de la arena y del vil polvo²¹ y la plata es para ellos como el barro. Sólo la sabiduría hace impresión sobre ellos, la envidia, los celos y las otras pasiones tumultuosas no excitan ninguna tempestad en su corazón, no tienen otro deseo que vivir según Dios, otra satisfacción que volverse útiles al prójimo, en secreto, y penetrar poco a poco en el interior de los secretos de la naturaleza.

La filosofía hermética es, pues, la escuela de la piedad y de la religión. Aquellos a quien Dios concede el conocimiento eran ya piadosos o se volvían.²² Todos los filósofos empiezan sus obras por exigir de aquellos que las leen, con el deseo de penetrar en el santuario de la naturaleza, un corazón recto y un espíritu temeroso de Dios: *el principio de la sabiduría es el temor del Señor*,²³ un carácter compasivo, para socorrer a los pobres, una humildad profunda y un deseo formal de hacerlo todo para la gloria del Creador, que oculta sus secretos a los soberbios y a los falsos sabios del mundo, para manifestarlos a los humildes.²⁴

Cuando nuestro primer padre oyó pronunciar la sentencia de muerte como castigo de su desobediencia, oyó al mismo tiempo la promesa de un liberador que debía de salvar a todo el género humano. Dios todo misericordioso no quiso permitir que la obra más bella de sus manos pereciera absolutamente. La misma sabiduría que había dispuesto con tanta bondad el remedio para el alma, sin duda no olvidó indicar uno contra los males que debían de afligir al cuerpo. Pero así como todos los hombres no sacan provecho de los medios de salud que Jesús-Cristo nos ha hecho merecer y que Dios ofrece a todos, asimismo todos los hombres no saben usar el remedio propio para curar los males del cuerpo, aunque la materia

20. Morien, *Conversación con el Rey Calid*.

21. *Sabiduría*, cap. 7.

22. Flamel, *Las Figuras Jeroglíficas*.

23. Proverbios, 1, 7.

24. Mateo, 11, 25.

de la que está hecho este remedio, sea vil, común y presente ante sus ojos, que la vean sin conocerla y que la empleen en otros usos que en aquel que le es verdaderamente propio.²⁵ Esto es lo que prueba bien que es un don de Dios, que favorece a aquel que le place. *El hombre ignorante no conoce y el necio no entiende esto.* Aunque Salomón, el más sabio de los hombres, nos dice *El Altísimo ha creado de la tierra los medicamentos y el hombre cuerdo no los desprecia.*²⁶

Es ésta la materia que Dios empleó para manifestar su sabiduría en la composición de todos los seres. Él la animó con el soplo del espíritu que era llevado sobre las aguas, antes que su todo poder hubiera desenredado el caos del Universo. Ella es susceptible de todas las formas y no tiene ninguna que le sea propia.²⁷ La mayor parte de los filósofos también comparan la confección de su piedra a la creación del Universo. Había allí, dice la Escritura,²⁸ un caos confuso, en el cual ningún individuo estaba distinguido. El globo terrestre estaba sumergido en las aguas; estas parecían contener el Cielo y encerrar en su seno las simientes de todas las cosas. No había nada de luz, todo estaba en las tinieblas. Apareció la luz y las dispó y los astros fueron emplazados en el firmamento. La obra filosófica es precisamente la misma cosa. Primero es un caos tenebroso, allí todo parece confuso, que no se puede distinguir nada separadamente de los principios que componen la materia de la piedra. El Cielo de los filósofos está sumergido en las aguas, las tinieblas cubren toda la superficie; finalmente la luz se separa, la Luna y el Sol se manifiestan y vienen a esparcir la alegría en el corazón del artista y la vida en la materia.

Este caos consiste en lo seco y lo húmedo. Lo seco constituye la tierra, lo húmedo es el agua. Las tinieblas son el color negro, que los filósofos llaman el negro más negro que el mismo negro, *nigrum nigro nigrius*. Es la noche filosófica, las tinieblas palpables. La luz en la creación del mundo apareció antes que el Sol, es esta blancura de la materia tan deseada, que sucede al color negro. El Sol apareció finalmente de color naranja, del cual el rojo se fortifica poco a poco hasta el color rojo púrpura, lo que constituye el cumplimiento de la primera obra.

El Creador quiso seguidamente poner el sello a su obra; formó al hombre amasándolo de tierra, de una tierra que parecía inanimada y le inspiró un soplo de vida. Lo que Dios hizo entonces en atención al hombre, el agente de la naturaleza, que algunos llaman su *Arqueo*,²⁹ lo hizo sobre la tierra o limo filosófico. Lo trabaja por su acción interior y lo anima de manera que empieza a vivir y a fortalecerse día a día hasta su perfección. Morien³⁰ habiendo señalado esta analogía, ha explicado la confección del magisterio mediante una comparación tomada de la creación y de la generación del hombre. Asimismo algunos pretenden que Hermes habla de la resurrección de los cuerpos en su *Poimandrés*, porque lo concluye

25. Basilio Valentín, *Azot de los Filósofos*, y el Cosmopolita.

26. Eclesiástico, 38, 4.

27. Basilio Valentín.

28. Génesis, cap. 1.

29. Paracelso, Van Helmont.

30. Morien, *op. cit.*

de lo que vio que sucede en el progreso del magisterio. La misma materia que había sido llevada a un cierto grado de perfección en la primera obra, se disuelve y se pudre, lo que muy bien se puede llamar una muerte, puesto que nuestro Salvador así lo ha dicho del grano que se siembra:³¹ *si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere lleva mucho fruto.*³² En esta putrefacción, la materia filosófica se vuelve una tierra negra volátil, más sutil que ningún otro polvo. Los adeptos la llaman *cadáver* cuando está en este estado y dicen que tiene el mismo olor; Flamel no dice que el artista sienta un olor hediondo, puesto que ello se hace en un vaso sellado, sino que juzga que es así por la analogía de su corrupción con la de los cuerpos muertos. Este polvo o ceniza, que Morien dice que no se ha de despreciar porque debe de revivir y porque encierra la diadema del rey filosófico, retoma vigor, poco a poco, a medida que sale de los brazos de la muerte, es decir, de la negrura; ella se revivifica y toma un resplandor muy brillante, un estado de incorruptibilidad más noble que el que tenía antes de su putrefacción. Cuando los egipcios observaron esta metamorfosis, figuraron la existencia de un Fénix, del que decían que era un pájaro de color púrpura que renacía de sus propias cenizas. Pero este pájaro, absolutamente fabuloso, no era otro que la piedra de los filósofos llevada al color púrpura tras su putrefacción.

Muchos antiguos filósofos, esclarecidos por estos admirables efectos de la naturaleza, han concluido con Hermes, del que habían sacado sus principios en Egipto, que había una nueva vida después de que la muerte nos haya arrebatado. Es lo que han querido probar, cuando han hablado de la resurrección de las plantas de sus propias cenizas en otras plantas de la misma especie. No se encuentra quien haya hablado de Dios y del hombre con tanta elevación y nobleza. Él explica asimismo cómo se puede decir de los hombres que son de los dioses, *Ego dixi Dii estis & filii excelsi omnes*, dice David; y Hermes:³³ *El alma, oh Tat, es de la propia esencia de Dios. Pues Dios tiene una esencia y como ella pueda ser sólo él se conoce. El alma no es una parte separada de esta esencia divina, como se separa una parte de un todo material; sino que es como una efusión; poco más o menos como la claridad del Sol no es el Sol mismo. Esta alma es un Dios en los hombres; es por lo que se dice de los hombres que son de los dioses, porque lo que constituye propiamente la humanidad limita con la divinidad.*

¿Cuáles deben ser, pues, los conocimientos del hombre? ¿Es sorprendente que esclarecido por el padre de las luces él penetre hasta los rincones más sombríos y más ocultos de la naturaleza? ¿que conozca las propiedades y que sepa ponerlas en uso? Pero Dios es dueño de distribuir sus dones como le plazca. Si ha sido lo bastante bueno como para establecer un remedio contra las enfermedades que afligen a la humanidad, ha juzgado a propósito de ello no hacerlo

31. Flamel.

32. Juan, 12, 24.

33. Hermes, *Poimandrés*, cap. 12.

conocer a todo el mundo. Morien dice en consecuencia,³⁴ *que el magisterio no es otro que el secreto de los secretos del Dios altísimo, grande, sabio y creador de todo lo que existe; y que él mismo ha revelado este secreto a sus santos profetas, cuyas almas ha emplazado en su santo Paraíso*. Si este secreto es un don de Dios, dirá alguno, sin duda debe ser puesto entre la clase de los talentos que Dios confía y que no se deben enterrar. Si los filósofos son gente tan piadosa, tan caritativa ¿por qué se ven tan pocas buenas obras por su parte? Sólo un Nicolás Flamel en Francia ha construido y dotado de iglesias y de hospitales. Estos monumentos subsisten aún hoy día en medio y a la vista de todo París. Si hay otros filósofos ¿por qué no siguen su ejemplo?, ¿por qué no curan las enfermedades?, ¿por qué no levantan a las familias honradas, gentes que la miseria oprime? Respondo a esto que no se sabe todo el bien que se hace en secreto. No debe de hacerse publicándolo a sonido de trompeta; la mano izquierda, según el precepto de Jesús-Cristo nuestro Salvador, no debe de saber el bien que hace la derecha. Asimismo se ha ignorado, hasta después de la muerte de Flamel, que era el único autor de estas buenas obras. Las figuras jeroglíficas que hizo emplazar en los osarios de *los santos inocentes* no representaban nada que no fuera piadoso y conforme a la religión. Asimismo él vivió en la humildad, sin magnificencia y sin dar la menor sospecha del secreto del que era poseedor. Además, en aquel tiempo podía tener facilidades para hacer buenas obras que no se han tenido después en mucho tiempo.

Los filósofos no son tan comunes como los médicos. Son un número muy pequeño. Poseen el secreto para curar todas las enfermedades; no les falta buena voluntad para hacer el bien a todo el mundo; pero este mundo es tan perverso que es peligroso para ellos el hacerlo. No lo pueden hacer sin poner en peligro su vida. ¿Curarán a alguien como por milagro? Si así lo hacen se oírán levantarse una murmuración entre los médicos y el pueblo, y aquellos mismos que dudaban de la existencia del remedio filosófico, suponiéndola entonces existente, seguirán a este hombre y observarán sus pasos, el rumor se extenderá y los avaros y los ambiciosos lo perseguirán para obtener su secreto. ¿Qué podrá esperar si no las persecuciones o el exilio voluntario por su parte?

Los ejemplos del Cosmopolita y de Filaleteo son una prueba bien convincente de ello. *Nosotros estamos*, dice este último,³⁵ *como envueltos en la maldición y los oprobios; no podemos disfrutar tranquilamente de la sociedad de nuestros amigos; quien quiera que nos descubra por lo que somos, querrá o chantajear nuestro secreto o maquinarnos nuestra pérdida si lo rechazamos. El mundo es tan malvado y tan perverso hoy día que el interés y la ambición dominan de tal manera a los hombres, que todas sus acciones no tienen otra meta. ¿Queremos, como los apóstoles, operar obras de misericordia? Se nos devuelve mal por bien. He hecho*

34. Morien, *Conversación con el Rey Calid*.

35. I. Filaleteo, *Entrada abierta al palacio cerrado del Rey*, cap. 13.

la prueba hace poco en algunos lugares lejanos. He curado como por milagro a algunos moribundos abandonados por los médicos y para evitar la persecución me vi obligado más de una vez, por el peligro, a cambiar de nombre, de hábito, rasurarme los cabellos y la barba y huir con la ayuda de la noche. ¿A qué peligros, aún más apremiantes, no se expondría un filósofo que hiciera la transmutación? Aunque su deseo sólo fuera el hacer uso de ello para una vida muy simple y para hacer partícipes a aquellos que están en la necesidad. Este oro, más fino y más bello que el oro vulgar, según lo que ellos dicen, pronto sería reconocido. Sólo con este indicio se sospecharía del portador y quizás se le acusaría de hacer moneda falsa. ¿Qué horrendas consecuencias no debería de temer un filósofo cargado con tal sospecha?

Yo digo que un buen número de médicos ejercen su profesión más por el interés que por ansia de ofrecer servicio al público, pero todos no están en este caso. Unos se congratularían por el bien hecho a su prójimo mientras que otros se mortificarían por ser privados de la ocasión de engordar sus rentas. Apoderándose de su corazón los celos y la venganza ¿tardaría esto en hacer sus efectos? La ciencia hermética no se aprende en las escuelas de medicina, aunque se puede dudar de que Hipócrates no lo haya sido, cuando se pesa bien las expresiones esparcidas en sus obras y el elogio que hace de Demócrito a los abdericianos, que consideraban a este filósofo como insensato, porque cuando volvió a Egipto, le distribuyó casi todos los bienes del patrimonio que le quedaba, a fin de vivir como filósofo en una pequeña casa de campo alejada del tumulto. Sin embargo, esta prueba sería insuficiente para la antigüedad de la ciencia hermética; pero hay tantas otras que es preciso no haber leído a los autores antiguos para negarla. ¿Qué quiere decir Píndaro,³⁶ cuando declama que el más grande de los dioses hizo caer en la ciudad de Rodas una nieve de oro, hecha por el arte de Vulcano? Zósimo Panopolita, Eusebio y Sinesio nos enseñan que esta ciencia fue cultivada durante mucho tiempo en Menfis, en Egipto. Los unos y los otros citan las obras de Hermes. Plutarco³⁷ dice que la antigua teología de los griegos y de los bárbaros sólo era un discurso de física oculto bajo el velo de las fábulas. Asimismo prueba de explicarlo diciendo que por Latona entendían la noche; por Juno, la Tierra; por Apolo, el Sol y por Júpiter, el calor. Añade, más o menos, que los egipcios decían que Osiris era el Sol, Isis la Luna, Júpiter el espíritu universal extendido en toda la naturaleza y Vulcano el fuego, etc. Manetón se extiende mucho más allá.

Orígenes dice que los egipcios recreaban al pueblo con las fábulas y que ocultaban su filosofía bajo el velo de los nombres de los dioses del país. Coringio,³⁸ a pesar de todo lo que ha escrito en contra de la filosofía hermética se ve contra-

36. Píndaro, *Olímpicas*, 6.

37. Plutarco, *Teología Físico Grecorromana*.

38. Omnino tamen & ipse existimo Aegyptiorum Hierophantas, omnium mortalium principes χρυσοψαής jactifasse & ab Chemiae profluxisse exordia.

riado por sólidas pruebas al declarar que los sacerdotes de Egipto ejercían el arte de hacer oro y que la química había nacido allí. San Clemente de Alejandría hace en sus *Estromatas* un gran elogio de seis obras de Hermes sobre la medicina. Diodoro de Sicilia habla largo y tendido³⁹ de un secreto que tenían los reyes de Egipto para sacar oro de un mármol blanco que se encontraba en las fronteras de su imperio. Estrabón también hace mención de una piedra negra de la que se hacía mucho mortero en Menfis. Se verá en el transcurso de esta obra que esta piedra negra, este mármol blanco y este oro eran alegorías para significar la piedra de los filósofos venida al color negro, que los mismos filósofos han llamado *mortero*, porque la materia se tritura y se disuelve. El mármol blanco era esta misma materia llevada al blanco, llamada mármol, a causa de su fijeza. El oro era el oro filosófico, o la piedra fijada al rojo, que se saca y nace de esta blancura; se encontrarán estas explicaciones más detalladamente en el transcurso de esta obra.

Filón el judío cuenta que Moisés había tomado de Egipto la aritmética, la geometría, la música, la *filosofía simbólica*, que sólo se escribía mediante caracteres sagrados, la astronomía y las matemáticas. San Clemente de Alejandría se expresa en los mismos términos que Filón, pero añade la medicina y el conocimiento de los jeroglíficos, que los sacerdotes sólo enseñaban a los hijos de los reyes del país y a los suyos propios.⁴⁰

Hermes fue el primero que enseñó todas estas ciencias a los egipcios, según Diodoro de Sicilia,⁴¹ y Estrabón.⁴² Kircher, aunque muy incitado contra la filosofía hermética, él mismo⁴³ ha probado que era ejercida en Egipto. Se puede ver también a Diodoro (*Antigüedad*, 1, cap. 2) y a Julio Matern. Firmico (lib. 3, cap. 1, de *Petosiri & Nicepso*). San Clemente de Alejandría⁴⁴ se expresa así respecto a esto: *Tenemos aún cuarenta y dos obras de Hermes muy útiles y muy necesarias. Treinta y seis de estos libros encierran toda la filosofía de los egipcios; y los otros seis observan la medicina en particular: uno trata de la construcción del cuerpo o anatomía; el segundo, de las enfermedades; el tercero, de los instrumentos; el cuarto, de los medicamentos; el quinto, de los ojos y el sexto de las enfermedades de las mujeres.*

39. Diodoro de Sicilia, *Antigüedad*, lib. 4, cap. 2.

40. Cùm autem Moses jam esset aetate grandior, Arithmeticam y Geometriam, Rhythmicam & Harmonicam & praeterea Medicinam ab iis (Aegyptiis) edoctus est, qui inter Aegyptios erant insigniores & praeterea eam, quae traditur per symbola & signa Philosophiam, quam in lateris osfendus hieri glypticis. Alium autem doctrinae orbem tanquam puerum regium Graeci eum docuere in Aegypto, ut dicit Philo in vitá Mosis. Didicit autem litteras Aegyptiorum & rerum coelestium scientiam à Chaldeis & Aegyptiis. Unde in ejus gestis dicitur eruditus fuisse in omni scientiá Aegyptiorum. *Clemente de Alejandría*, lib. I, *Estromata*.

41. Diodoro de Sicilia, lib. 2, cap. 1.

42. Estrabón, lib. 17.

43. Kircher, *Oedip. Aegypt.* T. 2, p. 2.

44. Clemente de Alejandría, *Estromat*, lib. 6.

Homero había viajado a Egipto,⁴⁵ y aprendió muchas cosas en la frecuentación que tuvo con los sacerdotes de aquel país. Asimismo se puede decir que es de allí que sacó sus fábulas. Da pruebas de ello en muchos lugares de sus obras y particularmente en su himno 3 a Mercurio, donde dice que este dios fue el primero que inventó el arte del fuego. Πυρός δ'ἵψαίτο τέκιη v. 108 y v. 111. Ερμής τοι προίτις πυρήϊα, πῦρ' τ' ἀνέδωκε. Homero habla asimismo de Hermes como del autor de las riquezas y lo llama en consecuencia χρυσόρροστος, δῶτορ ἰάωι. Es por esto por lo que dice (*ibid.* v. 249) que Apolo habiendo ido a encontrar a Hermes para tener noticias de los bueyes que le habían robado, lo vio oculto en su oscuro antro, lleno de néctar, de ambrosía, de oro y de plata, y de los hábitos de las ninfas rojos y blancos. Este néctar, esta ambrosía y estos hábitos de las ninfas serán explicados en el curso de esta obra.

Esdrás, en su cuarto libro, capítulo 8, se expresa así: Quomodo interrogabis terram, & dicet tibi, quoniam dabit terram multam magis, unde fiat fictile, parvum autem pulverem unde aurum fit. Esteban de Bizancio estaba tan persuadido de que Hermes era el autor de la química y tenía tan gran idea de ello, que no ha tenido dificultad en nombrar al mismo Egipto Ερμικύμιος y Vosio (*de Idolatría*) ha creído deber de corregir esta palabra por la de Ερμοκήμιος. Es sin duda lo que también había inducido a Homero a fingir que estas plantas *Moly* y *Nepenthes*, que tenían tantas virtudes, venían de Egipto. Plinio⁴⁶ da testimonio de eso en estos términos: *Homerus quidem primus doctrinarum & antiquitatis parens, multus alias in admiratione Circes, gloriam herbarum Aegypti tribuit. Herbas certe Aegyptias a Regis uxore traditas suae Helenoe plurimas narrat, ac nobile illud nepenthes, oblivionem tristitiae veniamque asferens, ab Helena utique omnibus mortalibus propinandum.*

Está, pues, fuera de duda que el arte químico de Hermes fue conocido por los egipcios. No es menos patente que los griegos que viajaron a Egipto lo conocieron allí, por lo menos algunos y que, habiéndolo aprendido de los jeroglíficos, lo enseñaron seguidamente bajo el velo de las fábulas. Eustatio nos lo da a entender suficientemente en su comentario sobre la *Ilíada*. La idea de hacer oro con la ayuda del arte, pues, no es nueva; además de las pruebas que hemos dado, Plinio⁴⁷ lo confirma por lo que relata de Calígula. *El amor y la avidez que Caius Calígula tenía por el oro, empujaron a este príncipe a trabajar para procurárselo. Hizo, pues, cocer –dice este autor– una gran cantidad de oropimente y logró, en efecto, hacer oro excelente; pero en tan pequeña cantidad que tuvo más pérdidas que provecho.* Calígula sabía que se podía hacer oro artificialmente; la filosofía hermética, pues, era conocida.

45. Diodoro de Sicilia, lib. 1, cap. 2.

46. Plinio, lib. 13, cap. 2.

47. Plinio, lib. 33, cap. 4.

En cuanto a los árabes, nadie duda que la química hermética y la vulgar habían estado siempre en vigor entre ellos. Además, como nos enseña Albufaraio,⁴⁸ los árabes nos han conservado un gran número de obras de los caldeos, de los egipcios y de los griegos, por las traducciones que habían hecho a su lengua; tenemos todavía los escritos de Geber, de Avicena, de Abudalí, de Alfidio, de Alquindis y de muchos otros sobre estas materias. Asimismo se puede decir que la química se extendió en toda Europa mediante ellos. Alberto el grande, arzobispo de Ratisbona, es uno de los primeros conocidos después de los árabes. Entre otras obras llenas de ciencia y de erudición sobre la dialéctica, las matemáticas, la física, la metafísica, la teología y la medicina, se le encuentran muchas sobre química, de las que una que lleva por título *Alchymia*, se ha llenado a continuación de una infinidad de adiciones y de sofisticaciones. El segundo es intitulado *Concordantia Philosophorum*; el tercero, *Compositione Compositi*. Ha hecho también un tratado de los minerales, al final del cual pone un artículo particular de la materia de los filósofos bajo el nombre de *electrum minerale*. En el primero de estos tratados dice: *El deseo de instruirme en la química hermética me ha hecho recorrer muchas ciudades y provincias, visitar a gentes eruditas para ponerme al corriente de esta ciencia. He transcrito y estudiado con mucho cuidado y atención los libros que tratan de ello, pero durante mucho tiempo no he reconocido como verdad lo que enuncian. He estudiado de nuevo en los libros los pros y contras y no he podido sacar ni bien ni provecho. He encontrado muchos canónigos tan eruditos como ignorantes en la física, que confundían este arte y que habían hecho gastos enormes, a pesar de sus fatigas, sus trabajos y su plata, no habían logrado nada. Pero todo esto no me chocó y me puse a trabajar por mí mismo; hice el gasto, leí, velé, fui de un lugar a otro y medité sin cesar sobre las palabras de Avicena: si la cosa es ¿cómo es ella? Si no lo es ¿cómo no lo es? Trabajé, pues, estudié con perseverancia, hasta que encontré lo que buscaba. Tengo que agradecerse a la Gracia del Santo Espíritu que me esclareció y no a mi ciencia.* También dice en su tratado de los minerales:⁴⁹ *No pertenece a los físicos el determinar y el juzgar la transmutación de los cuerpos metálicos y la transformación de uno en el otro, esto pertenece al arte, llamado alquimia. Esta clase de ciencia es muy buena y muy cierta, porque enseña a conocer cada cosa por su propia causa y no le es difícil distinguir de las cosas mismas las partes accidentales que no son de su naturaleza.* Añade después en el capítulo segundo del mismo libro: *La primera materia de los metales es una humedad untuosa, sutil, incorpórea y mezclada fuertemente con una materia terrestre.* Esto es el hablar de un filósofo y en conformidad con lo que dicen todos, como se verá en lo que sigue.

48. Albufaraio, *Dynastia nona*.

49. Alberto el Grande, *Tratado de los minerales*, lib. 3, cap. 1.

Arnaldo de Vilanova, su discípulo Raimon Llull y Flamel aparecieron poco tiempo después; el número aumentó poco a poco y esta ciencia se extendió en todos los reinos de Europa. En el último siglo se ve al Cosmopolita, Espagnet y a Filaleteo, como sin duda había otros y aún hoy en día existen, pero el número es tan pequeño, y se encuentran realmente tan ocultos, que no podríamos descubrirlos. Es una gran prueba el hecho de que no busquen la gloria del mundo, o que al menos teman los efectos de su perversidad. Se mantienen asimismo en el silencio, tanto por parte de la palabra como por parte de los escritos. Lo que no quiere decir que no aparezcan de tiempo en tiempo algunas obras sobre esta materia; pero es suficiente haber leído y meditado a los verdaderos filósofos, para apercibirse pronto de que sólo se asemejan a ellos en los términos bárbaros y el estilo enigmático, pero nunca en el fondo. Sus autores habían leído buenos libros, los citan bastante a menudo, pero lo hacen tan intempestivamente, que prueban claramente, o que no los han meditado, o que lo han hecho de manera para adaptar las expresiones de los filósofos a las falsas ideas que su prevención les había puesto en el espíritu respecto a las operaciones y a la materia, y no buscando rectificar sus ideas mediante las de los autores que leían. Estas obras de los falsos filósofos son un gran número, todo el mundo ha querido ponerse a escribir y la mayor parte, sin duda, para encontrar en la bolsa del librero un recurso que les faltaba de más, o al menos para hacerse un nombre que ciertamente no merecían. Un autor desearía que algún verdadero filósofo tuviera bastante caridad hacia el público como para publicar una lista de buenos autores en este género de ciencia, a fin de quitar a un gran número de personas la confianza con la que leen a los malos y que sólo les inducen a error. En consecuencia, Olao Borriquio Danois hizo imprimir, a finales de este último siglo, una obra que lleva por título: *Conspectus Chymicorum celebriorum*. Hace artículos separados de cada uno y dice bastante prudentemente lo que piensa. Excluye un gran número de autores de la clase de verdaderos filósofos, pero todos los que da por verdaderos ¿lo son en efecto? Además, el número de estos es tan grande que no se sabe cuál escoger preferiblemente. Por consiguiente, se tiene mucha dificultad cuando uno se quiere dar a este estudio. Yo querría mejor atenerme al sabio consejo que Espagnet da en estos términos en su *Arcanum Hermetica Philosophiae opus*, canon 9: *aquel que ama la verdad de esta ciencia debe leer pocos autores; pero señalados como buenos*. Y en el canon 10: *entre los buenos autores que tratan de esta filosofía profunda y de este secreto físico, los que han hablado con más espíritu, solidez y verdad son, entre los antiguos, Hermes⁵⁰ y Morien Romano;⁵¹ entre los modernos, Raimon Llull, que estimo y considero más que a los otros, y Bernardo conde de la marca Trevisana, conocido bajo el*

50. Hermes, *La Tabla de Esmeralda y los Siete Capítulos*.

51. Morien, *Conversación con el Rey Calid*.

nombre de el buen Trevisano.⁵² Lo que el sutil Raimon Llull a omitido los otros lo han mencionado. Es bueno, pues, leer, releer y meditar seriamente su testamento antiguo y su codicilio, como un legado de un inestimable precio que nos ha hecho presente; en estas dos obras se reúne la lectura de sus dos prácticas.⁵³ Allí se encontrará todo lo que se puede desear, particularmente la verdad de la materia, los grados del fuego, el régimen o medio por el cual se perfecciona la obra; todas las cosas que los antiguos han estudiado la manera de ocultar con mucho cuidado. Ningún otro ha hablado tan claramente y tan fielmente de las causas ocultas de las cosas y de los movimientos secretos de la naturaleza. No ha dicho casi nada del agua primera y misteriosa de los filósofos, pero lo que dice es muy significativo.⁵⁴

En cuanto a esta agua límpida buscada por tantas personas, y encontrada por tan pocas, aunque esté presente en todo el mundo y se haga uso de ella. Un noble Polonés,⁵⁵ hombre de espíritu y erudito, ha hecho mención de esta agua que es la base de la obra, a lo largo de sus tratados que llevan por título: Nueva Luz Química; Parábola y Enigma del Sulfuro. Ha hablado con tanta claridad que aquel que pida más, no sería capaz de ser contentado por los otros. Los filósofos –continúa el mismo autor⁵⁶– se explican de muy buena gana y con más energía mediante un discurso mudo, es decir, mediante figuras alegóricas y enigmáticas, que por los escritos; tales son por ejemplo, la tabla de Senior; las pinturas alegóricas del Rosario; las de Abraham el judío aportadas por Flamel y aquellas mismas de Flamel. Entre ellas también están las de Michel Maier, donde ha encerrado y como explicado tan claramente los misterios de los antiguos que es casi imposible poner la verdad ante los ojos con más claridad.

Sólo éstos son los autores alabados por Espagnet, sin duda suficientes para poner en práctica la filosofía hermética, para un hombre que quiera aplicarse en ello. Dice que no se ha de contentar con leerlos una o dos veces sino diez veces y más sin disgustarse; que es preciso hacerlo con un corazón puro y desprendido de los obstáculos fatigantes del siglo, con un verdadero y firme propósito de usar el conocimiento de esta ciencia sólo para la gloria de Dios y la utilidad del prójimo, a fin de que Dios pueda derramar sus luces y su sabiduría en el espíritu y el corazón; puesto que la sabiduría, según lo que dice el sabio, no habitaría jamás en un corazón impuro y mancillado de pecados.

Espagnet exige aún un gran conocimiento de la física; y es por esto por lo que he puesto a continuación de este discurso un tratado abreviado que encierra los principios generales sacados de los filósofos herméticos y que Espagnet

52. Trevisano, *La Filosofía de los Metales y su Carta a Thomas de Boulogne*.

53. La mayor parte de otros libros de Raimon Llull que no están citados aquí son inútiles.

54. Espagnet, *La Obra Secreta de la Filosofía de Hermes*, canon 11.

55. El Cosmopolita. Cuando Espagnet escribió esto, el público no estaba aún desengañado de su error, respecto al autor de este libro, que Michel Sendivogio Polonés puso al día bajo su nombre, por anagrama, pero se ha reconocido después que lo tenía en un manuscrito de la viuda del Cosmopolita.

56. Espagnet, *op. cit.* canon, 12.

ha recogido en su *Enchiridión*. El tratado hermético que sigue es absolutamente necesario para disponer al lector en la inteligencia de esta obra. Allí reúno citas de los filósofos, para que se vea que están de acuerdo sobre los mismos puntos.

Es muy recomendable el estudio de la física, porque en ella se aprende a conocer los principios que la naturaleza emplea en la composición y la formación de los individuos de los tres reinos, animal, vegetal y mineral. Sin este conocimiento se trabajaría a ciegas y se tomaría para formar un cuerpo lo que sería propio para formar un género o una especie completamente diferente de la que se propone. Pues el hombre viene del hombre, el buey del buey, la planta de su propia simiente y el metal de la suya. El que buscara, pues, fuera de la naturaleza metálica el arte y el medio de multiplicar o de perfeccionar los metales, estaría ciertamente en el error. Es preciso, sin embargo, declarar que la naturaleza sola no sabría multiplicar los metales, como lo hace el arte hermético. Es verdad que los metales encierran en su centro esta propiedad multiplicativa; pero estos son como las manzanas cogidas antes de su madurez, según lo que dice Flamel.

Los cuerpos o metales perfectos (filosóficos) contienen esta simiente muy perfecta y muy abundante, pero está sujeta allí tan firmemente que sólo la solución hermética la puede sacar. Aquel que tiene su secreto, tiene el de la gran obra, si se cree a todos los filósofos. Es preciso para llegar a ello, conocer los agentes que la naturaleza emplea para reducir los mixtos a sus principios, porque cada cuerpo está compuesto de aquello en lo que se resuelve naturalmente. Los principios de física detallados a continuación son muy propios para servir de antorcha y esclarecer los pasos del que quiera penetrar en el pozo de Demócrito y descubrir la verdad oculta en las tinieblas más espesas. Pues este pozo no es otro que los enigmas, las alegorías y las obscuridades esparcidas en las obras de los filósofos, que han tomado de los egipcios, como Demócrito, el hecho de no desvelar la sabiduría en la que habían sido instruidos por los sucesores del padre de la verdadera filosofía.

PRINCIPIOS GENERALES DE LA FÍSICA

Según la Filosofía Hermética

No es dado a todos penetrar hasta el santuario de los secretos de la naturaleza; muy pocos saben el camino que allí conduce. Los unos, impacientes, se extravían tomando los senderos que parece que abrevian la ruta; los otros encuentran casi a cada paso encrucijadas que les dificultan, toman la izquierda y van al Tártaro, en lugar de tomar la derecha que conduce a los Campos Elíseos, porque no tienen, como Eneas,⁵⁷ una Sibila que los guíe. Otros no creen equivocarse siguiendo el camino más frecuentado. Todos perciben, sin embargo, tras largas

57. Virgilio, *Eneida*, lib. 6.

fatigas que, lejos de haber llegado a la meta, han pasado por su lado, o le han dado la espalda.

Los errores tienen su fuerza en el prejuicio, como en la falta de luces y de instrucciones sólidas. La verdadera ruta sólo puede ser muy simple, puesto que no hay nada más simple que las operaciones de la naturaleza. Pero, aunque trazada por esta misma naturaleza, ella es poco frecuentada, y aquellos que pasan se hacen el celoso deber de ocultar sus huellas mediante zarzas y espinas. Allí no se anda más que a través de la oscuridad de las fábulas y de los enigmas; es muy difícil no extraviarse si un ángel tutelar no lleva la antorcha delante nuestro.

Es preciso, pues, conocer la naturaleza antes que proponerse imitarla e intentar perfeccionar lo que ella ha dejado en camino de perfección. El estudio de la física nos da este conocimiento, no el de esta física de escuelas, que sólo enseña la especulación, y que sólo llena la memoria de términos muy oscuros y menos inteligibles que la cosa misma que se quiere explicar. Física que pretendiéndonos definir claramente un cuerpo nos dice que está compuesto de puntos. Puntos que llevados de un lugar a otro formarán líneas, estas líneas acercadas harán una superficie, de allí una extensión y las otras dimensiones. De la reunión de las partes resultará un cuerpo, y de su desunión, la divisibilidad al infinito, o si se quiere, al indefinido. Finalmente nos da otros tantos razonamientos de esta especie, poco capaces de satisfacer a un espíritu curioso y deseoso de llegar a un conocimiento palpable y práctico de los individuos que componen este vasto Universo. Es a la física química a la que es preciso recurrir. Es una ciencia práctica, fundada sobre una teoría cuya experiencia prueba la verdad. Pero esta experiencia es desgraciadamente tan poco frecuente, que la mayoría aprovechan esta peculiaridad para dudar de su existencia.

En vano algunos autores, gente de espíritu, de genio y muy eruditos, por otra parte, han querido inventar sistemas, para representarnos, mediante una descripción florida, la formación y el nacimiento del mundo. Uno se ha embrollado en los torbellinos, cuyo movimiento muy rápido le ha transportado a él y se ha perdido con ellos. Su primera materia, divisada en materia sutil, ramosa y globulosa, sólo nos ha dejado una vana materia de razonamientos sutiles, sin enseñarnos más que lo que es la esencia del cuerpo. Otro, no menos ingenioso, se ha tomado la molestia de someterlo todo al cálculo, y ha imaginado una atracción recíproca que podría ayudarnos a razonarlo todo según el movimiento actual de los cuerpos, sin aportarnos ninguna luz sobre los principios de los que están compuestos. Éste sentiría muy bien que se hiciera revivir, bajo un nombre nuevo, las cualidades ocultas de los peripatéticos, desterrados de la escuela después de mucho tiempo; también se ha declamado su atracción como una conjetura, que sus sectarios se han visto en el deber de sostener como una cosa real. La cabeza del tercero, impresionada por el mismo golpe que su pretendido cometa recibe al chocar con el Sol, ha dejado tomar a sus ideas rutas tan poco regulares como aquellas que fijan los planetas formados, según él, de las partes separadas por el choque del cuerpo ígneo del astro que preside el día. Las imaginaciones de

un Telliamed, y las de otros autores parecidos son fantasías que no merecen más que desprecio o indignación. Todos los que se han querido alejar de lo que Moisés nos ha dejado en el Génesis, están perdidos en sus vanos razonamientos.

Que no se nos diga que Moisés sólo ha querido hacer cristianos y no filósofos. Instruido por la revelación del Autor mismo de la naturaleza; versado, por otra parte, muy perfectamente en todas las ciencias de los egipcios, los más instruidos y los más esclarecidos en todas las que nosotros cultivamos, ¿quién mejor que él para enseñarnos alguna cosa cierta sobre la historia del Universo? Su sistema es verdadero, está muy cerca del hacer de los cristianos, pero esta cualidad, de la que carecen la mayor parte de los autores, ¿es incompatible con la verdad? Todo anuncia la grandeza, el poder y la Sabiduría del Creador, pero al mismo tiempo todo manifiesta a nuestros ojos la criatura tal cual es. Dios habló y todo fue hecho, *dixit & facta sunt*.⁵⁸ Esto era suficiente para los cristianos pero no para los filósofos. Moisés añade de dónde ha sido sacado este mundo; qué orden le ha placido al Ser Supremo poner en la formación de cada reino de la naturaleza. Él hace más, declara que es el principio de todo lo que existe, y el que da la vida y el movimiento a cada individuo. ¿Podría decirse más en tan pocas palabras? ¿Se exigiría de él que hubiera descrito la anatomía de todas las partes de estos individuos? Y cuando lo hubiera hecho, ¿se le hubiera tenido más en cuenta? Se le quiere examinar; porque se duda, se duda por ignorancia, y sobre tal fundamento, ¿qué sistema se puede levantar, que no caiga pronto en ruina?

El sabio no puede definir mejor esta especie de arquitectos, estos fabricantes de sistemas, que diciendo que Dios ha entregado el Universo a sus vanos razonamientos.⁵⁹ Mejor digamos: no hay nadie versado en la ciencia de la naturaleza, que no reconozca a Moisés como un hombre inspirado de Dios, como un gran filósofo y un verdadero físico. Ha descrito la creación del mundo y del hombre con tanta verdad como si hubiera asistido en persona. Pero reconozcamos, al mismo tiempo que sus escritos son tan sublimes que no están al alcance de todo el mundo, y que los que lo combaten lo hacen porque no los entienden, que las tinieblas de su ignorancia les ciega y que sus sistemas no son más que delirios mal combinados de una cabeza engreída de vanidad y enferma de excesiva presunción. Nada más simple que la física. Su objeto, aunque muy compuesto a los ojos de los ignorantes, no tiene más que un principio, pero dividido en partes, unas más sutiles que otras. Las diferentes proporciones empleadas en la mezcla, la reunión y las combinaciones de las partes más sutiles con aquellas que lo son menos, forman todos los individuos de la naturaleza. Y como estas combinaciones son casi infinitas, el número de los mixtos también lo es.

58. Génesis, 1.

59. Eclesiastés, 3, 2.

Dios es un Ser eterno, una unidad infinita, principio radical de todo; su esencia es una inmensa luz, su poder un todo-poder, su deseo un bien perfecto, su voluntad absoluta una obra cumplida. A quien quiera saber más, sólo le queda la estupefacción, la admiración, el silencio, y un impenetrable abismo de gloria. Antes de la creación estaba como replegado en sí mismo y esto le era suficiente. En la creación Él dio a luz, por así decirlo, y puso al día esta gran obra que había concebido de toda la eternidad. Él se desplegó por una extensión manifestada de sí mismo y volvió material este mundo ideal, como si hubiera querido volver palpable la imagen de su Divinidad. Es lo que Hermes ha querido hacernos entender cuando dice que Dios cambió de forma y que entonces el mundo fue manifestado y se transformó en luz.⁶⁰ Parece verosímil que los antiguos entendieran una cosa parecida del nacimiento de Palas, salida del cerebro de Júpiter con la ayuda de Vulcano o de la luz. No menos sabio en sus combinaciones que poderoso en sus operaciones, el Creador ha puesto un tan bello orden en la masa orgánica del Universo, que las cosas superiores están mezcladas sin confusión con las inferiores y se vuelven parecidas por una cierta analogía. Los extremos se encuentran ligados muy estrechamente por un medio insensible, o un nudo secreto en esta adorable obra, de manera que todo obedece en acuerdo a la dirección del Moderador supremo; sin que lo liguén las diferentes partes puede ser desunido sólo por aquel que ha hecho la unión. Hermes tenía razón al decir:⁶¹ “que *lo que está abajo es como lo que está arriba*”, para hacer todas las cosas admirables que vemos.

LA PRIMERA MATERIA

Algunos filósofos han supuesto una materia preexistente a los elementos; pero como no la conocen, sólo han hablado de una manera obscura y muy embrollada. Aristóteles, que parece haber creído en el mundo eterno, habla sin embargo de una primera materia universal, sin osar, sin embargo, comprometerse en las sutilezas tenebrosas de las ideas que tenía de ella. Respecto a esto sólo se expresa de una manera muy ambigua. La veía como el principio de todas las cosas sensibles, y parece querer insinuar que los elementos están formados por una especie de antipatía o de repugnancia que se encontraba entre las partes de esta materia.⁶² Hubiera sido mejor filósofo si hubiera visto que lo que hay es una simpatía y un acuerdo perfecto, puesto que no se ve ni una contrariedad en los mismos elementos, aunque se piense ordinariamente que el fuego es opuesto al agua, no se equivocarían si se dieran cuenta de que esta pretendida oposición no viene más que de la intención de sus cualidades y de la diferencia de sutilidad de sus partes, puesto que no hay agua sin fuego.

60. Hermes, *Poimandrés*, 1.

61. Hermes, *La Tabla de Esmeralda*.

62. Aristóteles, *De ortu & interitu*, lib. 2, caps. 1-2.

Tales, Heráclito y Hesíodo han observado al agua como la primera materia de las cosas. Moisés, en el *Génesis*,⁶³ parece favorecer este sentimiento al dar los nombres de abismo y de agua a esta primera materia; no entendemos aquí el agua que nosotros bebemos, sino una especie de humo, un vapor húmedo, espeso y tenebroso, que seguidamente se condensó más o menos, según las cosas más o menos compactas que le complació formar al Creador. Esta niebla, este inmenso vapor se concentró, se espesó, o se rarificó en un agua universal y caótica, que se convirtió en el principio para lo presente y para lo que siguió.⁶⁴

En su principio esta agua era volátil, como una niebla; la condensación hizo una materia más o menos fija. Pero ¿cuál puede ser esta materia, primer principio de las cosas? Ella fue creada en las tinieblas muy espesas y muy oscuras, para que el espíritu humano pueda ver claramente. Sólo el Autor de la Naturaleza la conoce, y en vano los teólogos y filósofos querrían determinar cómo es ésta. Sin embargo, es verosímil que este abismo tenebroso, este caos era una materia acuosa o húmeda, como más limpia y más dispuesta a ser atenuada, condensada y servir mediante estas cualidades a la construcción de los Cielos y de la Tierra. La Escritura Santa nombra a esta masa informe unas veces tierra vacía, otras veces agua, aunque no fuera ni lo uno ni lo otro aún, solamente en potencia. Se puede conjeturar, pues, que podría ser como un humo espeso y tenebroso, estúpido y sin movimiento, adormecido por una especie de frío y sin acción; hasta que esta misma palabra que creó este vapor insuflara un espíritu vivificante, que se volvió como visible y palpable por los efectos que allí produjo.

La separación de las aguas superiores de las inferiores, que se menciona en el *Génesis*, parece estar hecha por una especie de sublimación de las partes más sutiles y más tenues, aproximadamente como una destilación en la que los espíritus se separan de las más pesadas, más terrestres y ocupan lo alto del vaso, mientras que las más groseras permanecen en el fondo. Esta operación fué hecha por la ayuda del espíritu luminoso que había sido insuflado en esta masa. Pues la luz es un espíritu ígneo, que, agitándose sobre este vapor y dentro de él, volvió algunas partes más pesadas condensándolas y volviéndolas opacas por su estrecha adhesión; este espíritu las echó hacia la región inferior, y conservaron las tinieblas en las cuales estaban primeramente sepultadas. Las partes más tenues y vueltas cada vez más homogéneas por la uniformidad de su tenuidad y de su pureza, fueron elevadas y empujadas hacia la región superior, donde menos condensadas dejaron paso libre a la luz que se manifestó en todo su esplendor.

Lo que prueba que el abismo tenebroso, el caos, o la primera materia del mundo, era una masa acuosa y húmeda, es otra de las razones que hemos aportado, tenemos una prueba suficientemente palpable bajo nuestros ojos.

63. *Génesis*, 1.

64. El Cosmopolita, *Tratado*, 4.

Lo propio del agua es correr, fluir tanto como le anima el calor y la mantiene en su estado de fluidez. La continuidad de los cuerpos, la adhesión de sus partes es debida al humor acuoso. Es como la cola o la soldadura que reúne y liga las partes elementarias de los cuerpos. Mientras que no es separada enteramente, conservan la solidez de su masa. Pero si el fuego calienta esta masa más de lo necesario para su conservación en su estado actual, aleja y rarifica este humor, lo hace evaporar y el cuerpo se reduce en polvo, puesto que la ligadura que reunía las partes ya no está.

El calor es el medio y el instrumento que el fuego emplea en sus operaciones; asimismo produce mediante él dos efectos que parecen opuestos, pero que están muy de acuerdo con las leyes de la naturaleza, y que nos representan lo que pasó en el desenredo del caos. Separando la parte más tenue y más húmeda de la más terrestre, el calor rarificó la primera y condensó la segunda. Así por la separación de los heterogéneos se hizo la reunión de los homogéneos. Nosotros sólo vemos en el mundo un agua más o menos condensada. Entre el Cielo y la Tierra, todo es humo, nieblas, vapores empujados desde el centro y desde el interior de la tierra y elevados hacia lo alto de la circunferencia hacia la parte que llamamos aire. La debilidad de nuestros órganos sensoriales no nos permite ver los vapores sutiles, o emanaciones de los cuerpos celestes, que llamamos influencias y que se mezclan con los vapores que se subliman de los cuerpos sublunares. Es preciso que los ojos del espíritu vengan en ayuda de la debilidad de los ojos del cuerpo. En todo tiempo los cuerpos transpiran un vapor, sutil, que se manifiesta más claramente en el verano. El aire calentado sublima las aguas en vapores, los absorbe y los atrae hacia él. Cuando tras una lluvia los rayos del Sol son lanzados sobre la Tierra, se le ve humear y exhalar vapores. Estos vapores giran en el aire en forma de niebla cuando no se elevan mucho sobre la superficie de la Tierra, pero cuando suben hasta la región media, se les ve circular en forma de nubes. Después se convierten en lluvia, en nieve o granizo y caen para retornar a su origen. El trabajador lo siente con gran incomodidad cuando trabaja bajo la acción del calor. También el hombre ocioso lo prueba cuando hace mucho calor. El cuerpo transpira siempre y los sudores que fluyen a menudo por el cuerpo lo manifiestan.

Los que han profundizado en las ideas de los rabinos, han creído que había existido, antes de esta primera materia, un cierto principio más antiguo que ella, al cual han dado muy impropriamente el nombre de *Hylé*. Era menos un cuerpo que una sombra inmensa, menos una cosa que una imagen muy oscura de la cosa a la que se debería llamar más bien fantasma tenebroso del Ser, una noche muy negra, el vacío o el centro de las tinieblas; en fin, una cosa que sólo existía en potencia, la cual sólo le sería posible imaginar al espíritu humano en un sueño. Pero la misma imaginación sólo podría representárnosla como se le representaría la luz del Sol a un ciego de nacimiento. Estos sectarios del rabinismo han juzgado a propósito decir que Dios sacó de este principio un abismo

tenebroso, informe como la materia cercana a los elementos y al mundo. Pero, en fin, todo esto en acuerdo nos anuncia al agua como primera materia de las cosas.

El espíritu de Dios que planeaba sobre las aguas,⁶⁵ fue el instrumento del que, el supremo Arquitecto del mundo se sirvió para dar forma al Universo. Propagó al instante la luz, volvió de potencia en acto las simientes de las cosas antes confusas en el caos y por una alteración constante de coagulaciones y de resoluciones hizo a todos los individuos. Repartido en toda la masa animó cada parte y por una continua y secreta operación dio movimiento a cada individuo según el género y la especie que había determinado. Es propiamente *El Alma del Mundo* y quien lo ignora o lo niega ignora las leyes del Universo.

LA NATURALEZA

A este primer motor o principio de generación y de alteración se le juntó un segundo corporificado al que damos el nombre de *naturaleza*. El ojo de Dios siempre atento a su obra, es propiamente la *naturaleza* misma y las leyes que Él ha puesto para su conservación son las causas de todo lo que se opera en el Universo. La naturaleza que acabamos de llamar un segundo motor corporificado es una naturaleza secundaria, un servidor fiel que obedece exactamente las órdenes de su amo,⁶⁶ o un instrumento conducido por la mano de un obrero incapaz de equivocarse. Esta naturaleza o causa segunda es un espíritu universal, que tiene la propiedad vivificante y fecundante de la luz creada en el principio y comunicada a todas las partes del macrocosmos. Zoroastro con Heráclito la han llamado *espíritu ígneo, fuego invisible y el alma del mundo*. Es de él que habla Virgilio cuando dice:⁶⁷ *Desde el principio un cierto espíritu ígneo fue infundido en el cielo, la tierra, el mar, la luna y los astros titanes o terrestres.*⁶⁸ *Este espíritu les da la vida y los conserva. Alma expandida en todos los cuerpos, da el movimiento a toda la masa y a cada una de sus partes. De ahí vienen todas las especies de seres vivientes, cuadrúpedos, aves, peces. Este espíritu ígneo es el principio de su vigor; su origen es celeste y les es comunicado por la simiente que los produce.*

El orden que reina en el Universo sólo es un desarrollado conjunto de las leyes eternas. Todos los movimientos de las diferentes partes de su masa dependen de ello. La naturaleza forma, altera y corrompe sin cesar; y su moderador, presente por todo, repara continuamente las alteraciones de la obra.

Se puede dividir el mundo en tres regiones, *la superior, la mediana y la inferior*. Los filósofos herméticos dan a la primera el nombre de *inteligible* y dicen que es espiritual, inmortal o inalterable; es la más perfecta. La mediana es lla-

65. Génesis, 1.

66. Cosmopolita, *Tratado*, 2.

67. Virgilio, *Eneida*, lib. 6.

68. Es decir, los minerales y los metales a los que se les han dado los nombres de los planetas.

mada celeste. Ella encierra los cuerpos menos imperfectos y una cantidad de espíritus.⁶⁹ Esta región está en medio y participa de la superior y de la inferior. Sirve como de medio para reunir estos dos extremos, y como de canal por donde se comunican sin cesar en la inferior los espíritus vivificantes que animan todas las partes. Está sujeta a cambios periódicos. La inferior o elemental comprende todos los cuerpos sublunares. Ella sólo recibe, de las otras dos, los espíritus vivificantes para luego devolvérselos. Es por esto por lo que allí todo se altera, todo se corrompe, todo muere; no se hace ninguna generación que no proceda de la corrupción, y ningún nacimiento que no le siga la muerte. Cada región es sumisa y depende de la que le es superior, pero actúan en acuerdo. Sólo el Creador tiene el poder de destruir a los seres, como sólo él tiene el poder de sacarlos de la nada. Las leyes de la naturaleza no permiten que lo que tiene el carácter de ser o de sustancia esté sujeto al aniquilamiento. Lo que hace decir a Hermes⁷⁰ que nada muere en este mundo, sino que todo pasa de una manera de ser a otra. Todo mixto está compuesto de elementos, y finalmente se resuelve en estos mismos elementos, por una rotación continua de la naturaleza, como lo ha dicho Lucrecio: *Huic accedit uti quicque in sua corpora rursum, dissolvat natura; neque ad nihilum interimat res.*

Hay, pues, desde el comienzo dos principios, uno luminoso acercándose mucho a la naturaleza espiritual y el otro todo corporal y tenebroso. El primero para ser el principio de la luz, del movimiento y del calor, el segundo como principio de tinieblas, entorpecimiento y de frío.⁷¹ Uno activo y masculino y el otro pasivo y femenino. Del primero viene el movimiento para la generación en nuestro mundo elemental y por parte del segundo procede la alteración, de donde la muerte ha tomado principio. Todo movimiento se hace por rarefacción y condensación.⁷² El calor, efecto de la luz sensible o insensible, es la causa de la rarefacción y el frío produce el estrechamiento o la condensación. Todas las generaciones, vegetaciones y desarrollos sólo se hacen por estos dos medios, puesto que son las dos primeras disposiciones de las que los cuerpos han sido afectados. La luz sólo es expandida por la rarefacción; la condensación, que produce la densidad de los cuerpos, sólo detiene el progreso de la luz y conserva las tinieblas. Cuando Moisés dice que Dios creó el cielo y la tierra parece haber querido hablar de estos dos principios formal y material, o activo y pasivo como hemos explicado, él no parece haber entendido por la tierra esta masa árida que aparece tras la separación de las aguas. De lo que habla Moisés es del principio material de todo lo que existe y comprende el globo tierra-agua-aire.

69. Es preciso remarcar que los filósofos no entienden por estos espíritus, los espíritus inmateriales o espíritus angélicos, sino solamente los espíritus físicos, tales como el espíritu ígneo expandido en el Universo. Tal es también la espiritualidad de su región superior.

70. Hermes, *Poimandrés*.

71. Cosmopolita, *Tratado*, 1.

72. Beccher, *Física Sutil*.

La otra ha tomado propiamente su nombre de la sequedad y para distinguirla del conjunto de las aguas, y llamó Dios a los seco tierra y a la reunión de las aguas llamó mares⁷³ El aire, el agua y la tierra son una misma materia más o menos tenue y sutil, según esté más o menos rarificada. El aire como el más cercano al principio de rarefacción, es el más sutil, el agua le sigue y después la tierra. Como el objetivo que me propongo dando estos principios, compendios de física, es solamente el de instruir sobre lo que puede esclarecer a los aprendices de la filosofía hermética, no entraré en detalle sobre la formación de los astros y sus movimientos.

LA LUZ Y SUS EFECTOS

La luz, tras haber obrado sobre las partes de la masa tenebrosa que le eran más cercanas y haberlas rarificado más o menos en proporción de su alejamiento, penetra al fin hasta el centro, para animarla en su todo, fecundarla y hacerle producir todo lo que el Universo presenta ante nuestros ojos. Gustó, entonces a Dios, fijar la fuente natural en el Sol, sin embargo, sin juntarlo todo entero allí. Parece que Dios lo haya querido establecer como el único dispensador, a fin de que la luz creada de Dios único, luz increada, fuera comunicada a las criaturas por uno sólo, como para indicarnos su primer origen.

De esta antorcha luminosa todos los otros reciben su luz y el esplendor que reflejan sobre nosotros; porque su materia compacta produce hacia nosotros el mismo efecto que una masa esférica brillante, o un espejo sobre el cual caen los rayos del Sol. Debemos considerar a los cuerpos celestes como el de la Luna, en la cual sólo al verla nos descubre su solidez y una propiedad común a los cuerpos terrestres de interceptar los rayos del Sol, y de producir la sombra, lo que sólo conviene a los cuerpos opacos. No se debe de concluir de ello que los astros y los planetas no sean de cuerpo diáfano; puesto que las nubes, que son vapores de agua, hacen igualmente sombra interceptando los rayos solares. Algunos filósofos han llamado al Sol *alma del mundo*, y lo han supuesto emplazado en medio del Universo a fin de que, como desde un centro, le fuera más fácil comunicar por toda parte sus benignas influencias. Antes que las hubiera recibido la Tierra estaba como en una especie de ociosidad, o como una hembra sin macho. Tan pronto fue impregnada, ella produjo al momento, no los simples vegetales como antes, sino los seres animados y vivientes, los animales de todas las especies.

73. Génesis, 1.

Los elementos fueron también el fruto de la luz; y todos tienen un mismo principio, ¿cómo podrían, según la opinión vulgar, tener antipatía y contrariedad entre ellos? Es de su unión que son formados todos los cuerpos según sus diferentes especies; su diversidad sólo viene de lo más o lo menos que cada elemento provee para la composición de cada mixto. La primera luz había echado las simientes de las cosas en las matrices que eran propias a cada una; la del Sol las ha fecundado y hecho germinar. Cada individuo conserva en su interior una chispa de esta luz que reduce las simientes de potencia a acto. Los espíritus de los seres vivientes son los rayos de esta luz, y sólo el alma del hombre es un rayo o como una emanación de la luz increada. Dios, esta luz eterna, infinita, incomprensible, ¿podría manifestarse al mundo de otra manera que por la luz? Si ha infundido tanta belleza y virtudes en su imagen, se ha de admirar la que ha formado él mismo y en la cual ha establecido su trono: *en el Sol puso su tabernáculo*.⁷⁴

EL HOMBRE

Dios al corporificarse, por así decirlo, por la creación del mundo, no creyó que fuera suficiente el haber hecho tan bellas cosas; quiso poner el sello de su Divinidad y manifestarse aún más perfectamente mediante la formación del hombre. A este efecto lo hizo a su imagen y a la del mundo. Le dio un alma, un espíritu y un cuerpo; de estas tres cosas reunidas en un mismo sujeto constituyó la humanidad. Compuso este cuerpo de un limo extraído de la más pura substancia de todos los cuerpos creados. Sacó su espíritu de todo lo que había de más perfecto en la naturaleza, le dio un alma hecha por una especie de extensión de sí mismo. Es Hermes quien habla.⁷⁵

El cuerpo representa el mundo sublunar, compuesto de tierra y de agua; es por esto por lo que está compuesto de sequedad y humedad, o de hueso, carne y sangre. El espíritu infinitamente más sutil, tiene el medio entre el alma y el cuerpo, y sirve como de ligadura para unirlos, porque sólo se pueden reunir dos extremos por un medio. Es él que por su virtud ígnea vivifica y pone el cuerpo bajo la conducción del alma, que es su ministro; a veces se rebela a sus órdenes, sigue sus propias fantasías y su inclinación. Representa el firmamento, cuyas partes constituyentes son infinitamente más sutiles que las de la tierra y del agua. El alma, finalmente, es la imagen de Dios mismo, y la luz del hombre.

74. *Salmos*, 19, 4.

75. El Nous oh, Tat, está sacado de la substancia misma de Dios, si es que hay alguna substancia de Dios: en cuanto a saber de qué naturaleza resulte ser esta substancia, sólo Dios se conoce exactamente. El Nous no está troceado de la substancialidad de Dios, sino que se despliega, por así decirlo, a partir de esta fuente como la luz a partir del sol. En los hombres, este Nous es Dios: también algunos de los hombres son dioses, y está su humanidad muy cercana a la divinidad. Hermes, *Poimandrés*, cap. 12, 1.